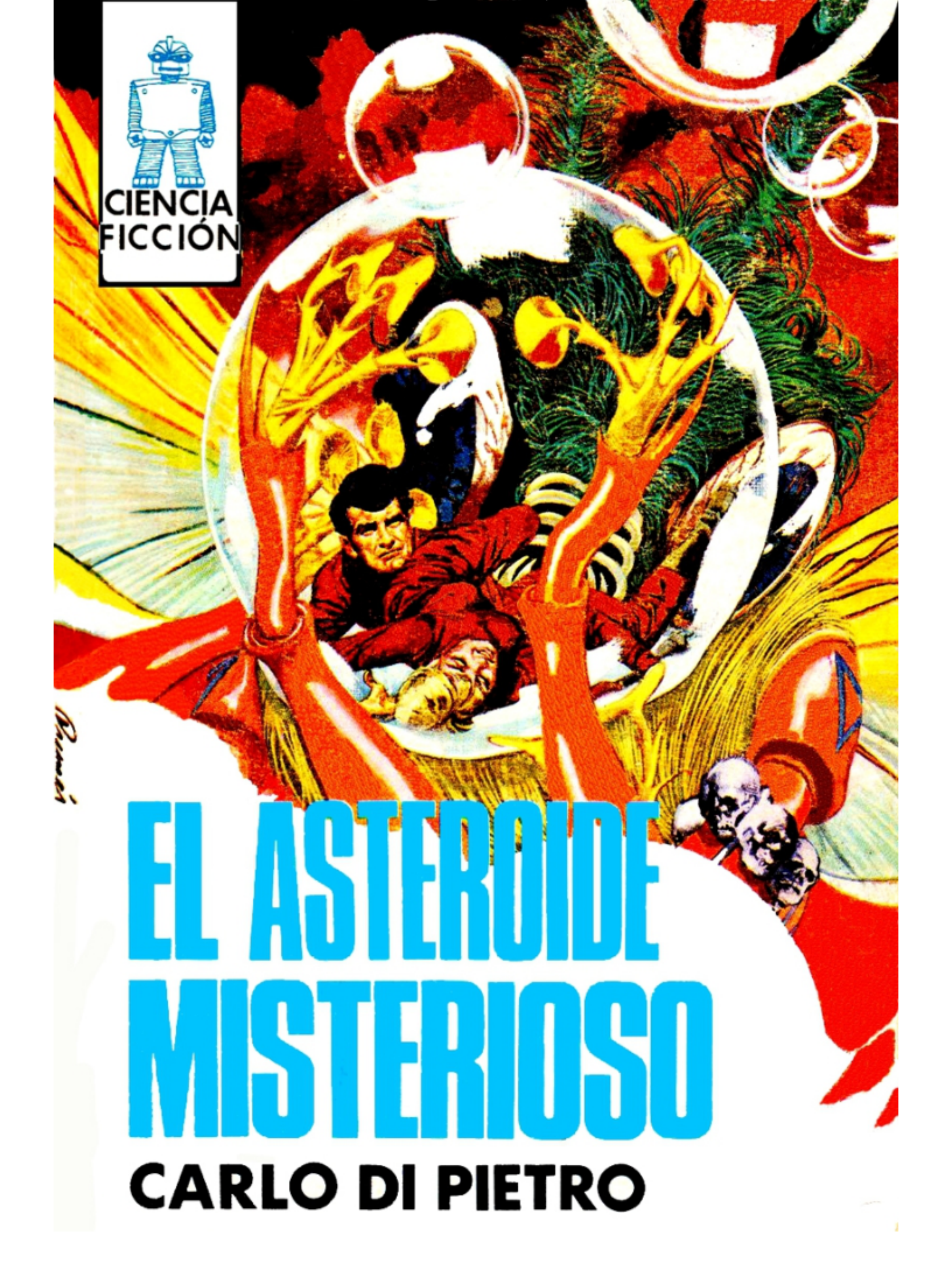

CIENCIA
FICCIÓN
EL ASTEROIDE
MISTERIOSO
CARLO DI PIETRO

CARLO DI PIETRO

El asteroide misterioso

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151

Barcelona

Buenos Aires

Depósito Legal: B. - 35.805 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

PROLOGO

Mayo de 1975

La recién inaugurada sala de fiestas, tenuemente iluminada con luces indirectas siguiendo la tónica corriente en decoración en años anteriores, en aquellas primeras horas de la noche ya estaba sumamente concurrida.

Sentado en un alto taburete situado en uno de los extremos de la larga barra del mostrador, había un hombre pulcramente vestido, de unos veintiséis años de edad, quien, a causa de su nariz ligeramente aguileña, su pelo y ojos negros y su tez morena cobriza, dejaba adivinar que en su ascendencia debía de haber algún miembro de una raza casi extinguida y que más de cien años atrás fuera conocida con el nombre de pieles rojas. Después de muchas generaciones, el joven había heredado el aspecto físico de su ignorado antecesor.

A su lado, tina bella joven correspondía con una sonrisa a sus miradas amorosas, mientras sostenía un largo vaso con un martini a medio consumir.

— ¿Bailamos, Richard? — preguntó ella tras dejar el vaso sobre el mostrador.

— Ya sabes que el baile no es precisamente mi fuerte — contestó él mirando a las parejas que en la pequeña pista circular hacían las más inverosímiles contorsiones y muecas siguiendo la última novedad de la danza inspirada en una algarabía de notas discordantes.

— Claro, para ti todo lo que no sea la endiablada paleontología... — respondió la chica con un ligero tono de menosprecio, dejando la frase sin terminar.

— Mary, es mi profesión, mi medio de vida — se disculpó humildemente él, cual si fuera una flaqueza, pese a su juventud, ser considerado como uno de los paleontólogos de más renombre de los Estados Unidos.

— No me lo recuerdes, por favor; en alguna ocasión, incluso, he llegado a pensar que en mí no ves a una persona, sino a uno de tus raros fósiles.

— Mary, te lo suplico, no hagas tales comparaciones.

— Es la verdad, Richard. Únicamente estás entregado a los restos de huesos de quien sabe cuántos millones de años atrás y olvidas que en la vida hay algo más positivo que el estudio y tus aburridas clases científicas.

— Pero, Mary, cuando nos casemos necesitaremos dinero como todo el mundo, ¿verdad? Tengo un buen sueldo como profesor...

— Lo cual no es inconveniente para que ahora te comportes como un hombre normal. En realidad, eres el tipo más estrafalario que jamás haya conocido — interrumpió ella.

— No creo que...

— Déjalo, Richard, no merece la pena regañar por una simpleza — interrumpió nuevamente Mary.

De pronto, un hombre sentado al otro lado de la joven y que había escuchado la mayor parte de la discusión entre los dos novios, tocó suavemente en el brazo de la joven, e invitó;

— ¿Quieres bailar conmigo, preciosidad?

Y antes de que ella pudiera replicar, fue Richard quien lo hizo con tono cortante:

— No.

— A ti no te he preguntado, es a ella — y dirigiéndose a la joven, continuó —: ¿Qué, bailamos?

Nuevamente fue Richard quien contestó.

— Ya le he dicho que no.

— ¿Acaso es tu dueño? — preguntó el hombre sin hacer caso a Richard.

— No me apetece bailar, gracias—Contestó Mary rápidamente al observar que aquel entrometido daba muestras de haber tomado unas copas de más.

— Pues no hace mucho, si no recuerdo mal, decías lo contrario. Además, tú te lo pierdes, preciosidad, no todas las chicas pueden presumir de haber tenido a Gob Granger como pareja.

— Vámonos, Richard.

—Aguarda, no te vayas tan pronto — continuó diciendo el desconocido con una risotada—, deja que el niño acabe de tomarse su refresco.

Pese a que Richard Grey, en el transcurso normal de su vida no

parecía haber heredado la naturaleza guerrera de su antecesor indio, bajó del taburete, dejando ver su alta estatura, anchos hombros, estrecha cintura y, al parecer, robusta complexión, para encararse con el que se había llamado a sí mismo Gob Granger.

— ¿Por qué no deja de beber y se comporta como una persona civilizada?

— ¿Buscas pelea?

— No, quien lo está haciendo es usted.

— Claro que tú no la buscas... sólo hay que verte. Si alguien se metiera con mi chica, te aseguro que no me comportaría como tú. ¡Anda, monín, lárgate ya!

La respuesta de Richard fue asestar una sonora bofetada en el rostro de su interlocutor, que la recibió sin que se alterase ni un solo músculo de su cara.

El hombre, aproximadamente de la misma edad que Richard, se bajó del taburete y, acto seguido, estrelló el puño derecho en el estómago del paleontólogo, con tal dureza que le hizo encogerse de dolor, Con la celeridad del rayo, el brazo izquierdo de su oponente entró en acción y Richard recibió un tremendo puñetazo sobre la ceja derecha, que lo lanzó a varios metros de distancia sobre las parejas de la pista de baile. Medio inconsciente, el joven con paso vacilante se aproximó a su antagonista, quien, con no menos rapidez, le golpeó dos veces consecutivas con gran acierto y potencia, de tal modo que Richard fue impulsado nuevamente hacia atrás para ir a chocar contra una de las mesas, que derribó al suelo, con gran estrépito de cristales rotos. El joven quedó inconsciente en el suelo.

— Mucha planta, pero mantequilla pura — fue el comentario despectivo de Gob Granger al mirar al yacente Richard.

Mar y, que al igual que muchas jóvenes se sentía atraída hacia la apuesta figura de Richard, al verlo tendido en el suelo, tuvo la sensación de que sobre ella había caído un jarro de agua fría y gran parte del orgullo que sintiera por haber sido elegida por el guapo profesor se desvaneció como por ensalmo. Miró alternativamente al vencido y vencedor sin saber cual decisión tomar.

— Anda, preciosidad, ayuda a ese montón de mantequilla — dijo el hombre que derribara a su novio. Después, dirigiéndose al camarero, añadió —: Carga los destrozos en mi cuenta, Joe.

— Sí, Gob, y ahora, por favor, basta de pelea.

— Tranquilo, Joe, tranquilo. Ese petimetre ya no querrá otra

ración, te lo aseguro.

Entretanto, dos camareros del establecimiento intentaban reanimar a Richard, mientras el quinteto de músicos aumentaba el ruido ensordecedor de sus instrumentos.

Cuando, al fin, Richard recobró el conocimiento, los solícitos camareros lo levantaron del suelo y, sujetándolo uno por cada brazo, lo condujeron hacia la puerta y luego en la acera, hasta dejarlo acatado en un automóvil al lado de aquella hermosa rubia oxigenada, quien antes de poner el vehículo en marcha, les tendió irnos billetes a la par que decía:

— Tomen, por su ayuda.

Mientras el coche circulaba por las bien pavimentadas calles de Houston, el aire fresco de la noche daba de lleno en el rostro de Richard haciendo que sus embotadas facultades fueran adquiriendo mayor lucidez.

Mary, a su lado, parecía estar atenta únicamente a la circulación y no dirigió ni una sola vez la palabra a su novio, quien, asimismo, también guardó silencio con manifiesto abatimiento. Moralmente estaba avergonzado del rápido desenlace que tuvo la pelea que inició, pues a su rival le había bastado pegarle cuatro puñetazos para derribarlo privado de sentido sin que él hubiera podido hacerle frente con dignidad. Físicamente se encontraba dolorido en las costillas, estómago y mejilla; y también el ojo derecho tenía la sensación de que empezaba a cerrársele por la hinchazón. Aquellos cuatro golpes bien medidos le causaron los mismos efectos que si hubiera recibido una tremenda paliza.

Cuando el automóvil frenó bruscamente frente al modesto hotel donde residía Richard, éste bajó y permaneció de pie en la acera sin acertar a pronunciar palabra alguna.

— ¿Quieres que te ayude a subir? — le preguntó ella, empleando un tono que él no pudo definir si era sarcástico, desdeñoso o de conmiseración.

— Gracias, Mary, ya me encuentro bien.

Y cuando el coche arrancó, Richard tuvo la impresión de que ella había murmurado:

— Mucha planta, pero mantequilla pura.

Al día siguiente, y como tenía por norma una vez terminadas las clases, Richard se dirigió al piso de Mary con el propósito de pasar unas horas junto a la mujer de quien creía estar enamorado.

Al abrirle la puerta del piso y quedar frente a su novia, Richard observó el gesto de desagrado que ella no pudo disimular cuando le vio el ojo derecho tumefacto y totalmente cerrado.

— ¡Hola, Richard!

— ¿Salimos a dar una vuelta?

— No me encuentro muy bien, tengo una jaqueca terrible.

— En ese caso, si lo prefieres, nos quedaremos en casa.

— Quisiera acostarme, ¿Te molestaría salir solo?

Mary se comportaba de una manera extraña y Richard no dejó de percatarse de ello. Creyendo conocer las causas, preguntó:

— ¿No será que tu malestar lo ha provocado repentinamente el estado de mi ojo?

El súbito e involuntario enrojecimiento de las mejillas de la joven dieron a Richard el convencimiento de haber adivinado los motivos de la resistencia de ella en querer acompañarlo.

— No seas receloso, Richard; tengo jaqueca, ya te lo he dicho.

Richard estaba malhumorado. Comprendió que ella se había desilusionado y se preguntó de inmediato: « ¿Es por las huellas que dejaron en mi rostro los puñetazos de ayer? ¿Será por el ridículo que hice en la pelea?»

— Bien, ya volveré mañana — indicó después de unos instantes de silencio.

— ¿Por qué no telefoneas antes? Puede que continúe indispuesta.

La velada negativa le enfureció. Bastante enfadado, replicó:

— Ni te llamaré, ni vendré, Mary. Tal vez no sea el hombre de mundo que tú quieras, pero tampoco soy tan tonto como te imaginas. Cuando desees verme, ya sabes donde podrás encontrarme.

— ¡No grites!

— ¡Grito porque me da la gana! ¿Comprendes? — contestó Richard iracundo.

— ¿Quieres desquitarte conmigo?

— Me tengo por hombre civilizado.

— Pues vete con tu civilización y déjame en paz.

— Voy a complacerte, te dejaré en paz… pero será para siempre. Adiós.

Y cuando Richard descendía las escaleras abrigando la esperanza de que ella lo llamaría, tuvo la mayor sorpresa de su vida al escuchar como Mary le decía con manifiesta burla:

— Vete en buena hora, sabihondo; por mí, como si quieres largarte a otro planeta.

Y el destino, que parecía haber tomado baza en la discusión de los novios, se sirvió de aquellas últimas palabras de la mujer para hacer cambiar el futuro de Richard Grey.

CAPÍTULO PRIMERO

Tan pronto como el taxi paró, el cliente, tras abonar el importe de la carrera, franqueó la puerta de la valla que circundaba la casa y avanzó deprisa por el sendero que atravesaba el jardín, hasta la puerta principal.

Cuando le fue abierta, el visitante entró en la casa y, mientras la sirvienta negra cerraba, preguntó:

— ¿Está mi hermana?

— Sí, señorito Richard, la encontrará en la cocina.

Pero al visitante no le fue preciso llegar al lugar indicado, pues una mujer relativamente joven, de unos cuarenta años, con abundante pelo rubio, ojos azules y cuyo aspecto ofrecía un notable contraste con el del joven, le salió al paso.

—¡Hola, Richard!—al llegar más cerca de él y verle el rostro lastimado, preguntó —: ¿Qué te ha pasado?

— Nada, hermanita, me peleé a puñetazo limpio.

— ¿Tú? — replicó, extrañada la mujer, ya que conocía el temperamento pacífico del joven.

— Bueno, en realidad fue otro quien se peleó conmigo, yo solamente recibí.

— ¿Por qué?

— Por una tontería. ¿Ha llegado Sam?

— Entonces es grave.

— No, Ethel, quiero hablar con tu marido de otro asunto.

— Richard, te conozco bien, pues no en vano te llevo quince años; a ti te pasa algo.

— Te prometo que no — y seguidamente repitió la pregunta —: ¿Ha llegado Sam?

— Lo encontrarás en la biblioteca, ¿De verdad no te ocurre nada?

— No, mujer — replicó el joven con una amplia sonrisa, a la vez que le pellizcaba suavemente la mejilla.

Después de su intento de tranquilizarla, fue hacia la biblioteca.

Sentado en un cómodo sillón de la biblioteca con las paredes

llenas de libros, se encontraba un hombre de unos cincuenta años, vestido con uniforme de general de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. El hombre estaba tan absorto en la lectura de una revista técnica de aviación que ni siquiera se percató de la entrada de Richard.

— Sam, ¿puedes dedicarme unos minutos?

El militar levantó la mirada de la revista y, posándola en el joven, contestó:

— Claro que sí — para añadir seguidamente —: ¡ Pero, muchacho, como tienes ese ojo!

Richard, como si no hubiera oído la exclamación de su cuñado, inició sin tapujos el tema de la conversación que lo había traído al hogar de su hermana.

— Sam, vengo a pedirte que me incluyas en la expedición a Venus.

— ¿Qué dices? — preguntó extrañado el general, como si no hubiera oído bien la petición de Richard.

— Que me dejes ser uno de los tres hombres que proyectáis mandar a Venus.

— Es imposible, Richard, tú no eres cosmonauta.

— Con el debido entrenamiento puedo serlo.

— Pero si no sabes nada de astronáutica...

— Falta más de un año para el lanzamiento — lo interrumpió Richard—, y antes de que se termine este plazo te prometo saber tanto como el primero.

— Ya sé que estás dotado de unas extraordinarias facultades para el estudio, pero, pese a ello, es imposible.

— ¿Por qué, Sam?

—Será una empresa muy arriesgada, no tienes ninguna experiencia en los vuelos espaciales... y, además, no perteneces al ejército.

— ¿Acaso no estuve más de dos años arriesgando mi vida en el Vietnam? ¿Tenía alguna experiencia de la guerra cuando, con sólo un centenar de horas de vuelo, fui destinado, con el grado de teniente, a pilotar helicópteros y después como copiloto de aviones de bombardeo? ¿Por tanto, no pertenezco a las Fuerzas Aéreas?

— Richard, compréndelo, no puedo hacerlo.

— Sí puedes. Tú eres quien ha de designar a los tres cosmonautas.

— Ya están seleccionados, Richard.

— Tienes a ocho. ¿Qué te impide añadir a otro?

— El proyecto no depende de mí, bien lo sabes.

— Pero nada te impide sugerir la conveniente de incluir en la expedición a un hombre, diré de ciencia, que, además, ha sido piloto de las Fuerzas Aéreas. Soy joven, tengo buena salud y puedo ser entrenado junto a los demás.

— Supongamos que accediera a tus deseos, ¿Has pensado que diría tu hermana Ethel si, por desgracia, ocurriera algún fallo? — objetó el general en un último intento para disuadir al joven.

— No te preocupes, cuñado, ahora mismo hablaré con ella para librarte de toda culpa.

— Pero...

— Gracias, Sam, nunca dudé de ti. Dentro de irnos días volveré para saber el resultado de tu gestión.

Y en el momento de llegar al umbral de la puerta, Richard se volvió para añadir:

— Nada de jugarretas, Sam, tengo tu palabra.

— Pero... — intentó protestar de nuevo el general.

— Adiós, cuñado,

* * *

Dos militares de alta graduación y tres civiles hablaban muy animados en una de las confortables dependencias del Centro Espacial de Houston.

— Encuentro muy acertada su idea, general Bronston — decía en aquellos momentos uno de los civiles.

— Pero tal vez será difícil de poner en práctica — comentó otro—, pues tropezaremos con la dificultad de encontrar a un hombre, a pesar de haber muchos en el país, que reúna las condiciones de ser joven, de poseer una perfecta salud física y mental, que sea un buen científico en Paleozoología y Paleobotánica y que, además, y es lo más importante, esté dispuesto a convertirse en un futuro cosmonauta. Piensen que no podemos poner anuncios buscando a un sujeto con tales características como si solicitáramos a un empleado.

—Cuando les hice la sugerencia, por desdicha, ya tenía elegido al

hombre — indicó el general Bronston.

—¿Por desdicha, dice usted? — preguntó extrañado el otro militar.

— En cierto modo, sí. Se trata del hermano de mi mujer, y no creo que ella vea con buenos ojos mi participación en tal asunto.

— ¿Y cree usted que su cuñado posee realmente los requisitos que antes he enumerado? — preguntó con suspicacia el segundo de los civiles que habla intervenido en la conversación.

— Son ustedes quienes deberán decidirlo — contestó el general Bronston eludiendo la responsabilidad de la elección—, a mí sólo me corresponde, caso de que lo aceptaran, convertirlo en un buen astronauta.

— La mayor dificultad, en mi opinión, radica en compaginar en una misma persona la juventud con la madurez de conocimientos.

— En Richard Grey se da tal circunstancia, señor Obliger.

— ¿Richard Grey? — preguntó pensativo el civil que aún no había tomado parte en el diálogo, como si el nombre le fuera conocido.

— Sí, señor.

— ¿El autor del libro «Formación de las Montañas Rocosas»?

— Exactamente, señor Duncan.

— A juzgar por el contenido de la obra, su cuñado domina bien la especialidad. ¿Y dice usted que todavía es relativamente joven?

— Veintiséis o veintisiete años,

— Antes de tomar en consideración su propuesta de incluir a un científico en la expedición, y refiriéndome concretamente a Richard Grey, opino que sería conveniente sostener una entrevista con él. ¿Puede concertarla, general?

— Si lo desean, puedo llamarlo ahora mismo.

— ¿Qué opinan, señores? — preguntó el llamado Duncan a los demás.

Y como todos mostraran su conformidad, Richard Grey, que había obrado impulsado únicamente por las palabras despectivas de la joven a quien cortejara, fue llamado por el general Sam Bronston al Centro Espacial más importante de los Estados Unidos de América.

Después de la audiencia inicial y transcurrido un año de la misma, el entusiasmo de Richard había ido aumentando progresivamente al superar con éxito todas las pruebas y duros entrenamientos a que

fueron sometidos los futuros cosmonautas, y ya se daba por seguro que él sería uno de los tres hombres elegidos para pisar por primera vez en la Era Espacial un planeta del sistema solar que no fuera la Tierra.

CAPÍTULO II

De nuevo, los temas olvidados durante algún tiempo relacionados con las grandes aventuras espaciales habían acaparado los titulares de las primeras páginas de toda la prensa mundial .En las cadenas de televisión también parecía obligatorio, por la unanimidad, difundir las noticias de la próxima epopeya del hombre en el intento de conquistar un lejano planeta, y así, la popularidad del teniente coronel Mike O'Sullivan, del comandante Clint Connors y del teniente especialista en paleontología, Richard Grey habían traspasado todas las fronteras, y sus nombres, aún antes de iniciarse la gesta, ya habían sido incluidos en la larga lista de los héroes espaciales.

Había llegado el día tan esperado. Aquel 12 de agosto de 1976 marcaría otra fecha memorable en los anales de la conquista del espacio por haber sido el señalado para el lanzamiento de la cápsula designada como Venus VII, con el ambicioso intento de hacer llegar al planeta vecino a tres seres humanos.

Desde hacía más de media hora, y después de que los astronautas tomaran sus respectivos asientos en la cápsula espacial, la rampa de lanzamiento había sido completamente despejada. En el pabellón de órdenes de la base se consumían los últimos segundos y ya, entre un silencio impresionante, únicamente se escuchaba la voz que señalaba la cuenta atrás marcada por un gran cronómetro.

— ... cuatro, tres, dos, uno, cero.

Y en el mismo instante en que se señalaba la última cifra, con una fantasmagórica llamarada, se alzó majestuoso el colosal cohete que transportaba, en su vuelo inicial, a la cosmonave más perfecta construida hasta aquel momento por la humanidad.

A partir de aquel instante, y mientras el ingenio aumentaba progresivamente de velocidad hasta perderse pronto de vista en el cielo, cesó la quieta expectación y en los centros de control del proyecto Venus comenzó a reinar una impresionante y coordinada actividad.

* * *

Por los cronómetros de la nave la fecha era 28 de agosto de 1976. Habían transcurrido dieciséis días de vuelo y los astronautas continuaban teniendo el mismo entusiasmo con que emprendieron la

arriesgada aventura, guiada siempre su ruta por las instrucciones dictadas de acuerdo con los cálculos matemáticos realizados en la base.

Richard Grey, desde hacía varias horas, dormitaba plácidamente en su cómodo asiento extensible. De pronto, fue despertado bruscamente por la voz alarmada de Connors que decía:

— ...una gran cantidad de objetos que vienen en nuestra dirección.

— ¡Es una verdadera lluvia de uranolitos! — exclamó Mike O'Sullivan.

Después, rápidamente estableció comunicación por radio con el centro espacial y habló precipitadamente.

— Atención, base, aquí Venus VII...

— Centro Espacial a la escucha, diga...

— Estamos volando en dirección a una verdadera nube de astrolitos. Intentaré eludirlos cambiando el rumbo de la nave.

— ¡ Hágalo pronto! — fue la rápida contestación.

— Sí, señor — respondió, y luego, dirigiéndose al mayor Connors, ordenó —: Pare el encendido de los reactores de babor.

Connors se apresuró a cumplir la indicación de su superior y, acto seguido, la cosmonave inició un pronunciado giro hacia la izquierda.

No obstante la celeridad con que fue realizada la maniobra, por el choque violento que sacudió a la cápsula espacial los cosmonautas comprendieron que habían sido alcanzados por alguna de las «piedras del espacio».

Tan pronto como la pantalla de radar estuvo limpia, el teniente coronel O'Sullivan, todavía con el rostro bañado de frío sudor, manifestó:

— Parece que esta vez hemos salido bien librados.

— Pero no sin haber recibido un buen golpe en la parte posterior — contestó el copiloto.

— Por fortuna, mayor, por fortuna — comentó Richard. Y como viera que Connors no comprendía el significado de sus palabras, aclaró —: ¿Qué habría ocurrido si el impacto hubiera tenido lugar en este departamento?

— No sé. Siendo la parte menos reforzada, posiblemente, en estos momentos, ya no estaríamos haciendo comentarios.

— Es lo mejor que pueden hacer, muchachos — intervino O'Sullivan—, pues no es conveniente que nos pongamos a sacar conjeturas desagradables. Active de nuevo los motores de babor, Clint.

— Al instante, señor.

Seguidamente, O'Sullivan dijo:

— Atención, base, ya han escuchado que el peligro ha pasado y que sólo hemos recibido un duro impacto en la parte extrema de la nave. Espero instrucciones para modificar el rumbo y orientar a la Venus VII.

Los minutos transcurrieron sin recibir contestación.

— Atención, centro de control — repitió O'Sullivan—, aquí Venus VII aguardando sus instrucciones.

Nuevo silencio por parte de la Tierra, mientras las miradas ansiosas de Grey y Connors estaban fijas en el teniente coronel.

— Aquí Venus VII llamando al Centro Espacial de Houston. Contesten, por favor — demandó ligeramente nervioso el militar.

Como tampoco recibiera respuesta, Richard Grey sugirió:

— Puede que el astrolito haya causado desperfectos en las instalaciones de radio, señor.

— Mayor — ordenó de inmediato O'Sullivan—, baje al segundo departamento y compruebe los daños.

Con manifiesta preocupación, Connors apretó un pulsador. De inmediato, una porción circular del piso descendió unos centímetros y se deslizó suavemente hacia un lado dejando al descubierto la oquedad que conducía al departamento donde estaba instalada la maquinaria de la nave. Sin perder un segundo, el mayor bajó por las escalerillas y procedió a revisar los desperfectos ocasionados por la colisión.

Cuando Connors se reintegró a su puesto, por la gravedad que mostraba en el rostro, sus dos compañeros comprendieron que las consecuencias derivadas del choque con el astrolito eran más graves de lo que en principio supusieron.

— El panel electrónico de los sistemas de comunicación tanto radiofónicos como televisivos está completamente destrozado, así como el tubo propulsor número dos. Incompresiblemente, la estructura no se resquebrajó, únicamente ha quedado una enorme abolladura interna — informó el mayor.

— Así pues, podemos considerarnos prácticamente aislados en el

universo infinito — comentó Richard con voz ronca.

— Intentaremos encauzar de nuevo nuestro rumbo para regresar a la Tierra, y que Dios nos asista en el intento — contestó O'Sullivan.

— Señor, me permito recordarle que el reactor número dos no funciona; ¿Paro el cinco para nivelar la dirección?

— Sí, mayor, pues de lo contrario sufriríamos una continua desviación.

En los días sucesivos, el ánimo de los cosmonautas fue decayendo ostensiblemente, hasta el extremo de que pasaban horas y más horas sin dirigirse la palabra. Sentados en sus puestos respectivos, cada uno de ellos tenía en la mente el mismo pensamiento: la trágica muerte que les aguardaba en la cápsula espacial, en aquel ingenio orgullo de la tecnología del hombre, que, en el caso de surgir nuevas averías derivadas del choque durante la ruta de regreso, se convertiría en el panteón mortuorio, tal vez más caro del mundo.

* * *

Veintitrés días después de la catástrofe que privó a los astronautas de toda comunicación con la Tierra.

Richard Grey, que debido posiblemente a la herencia de su indudable ascendencia india sobrellevaba el dramático vuelo con mayor estoicismo, fijó la atención en la pantalla de radar situada en el centro del repleto panel de instrumentos e inmediatamente despertó a sus dos compañeros, que desde hacía unas horas estaban durmiendo.

— ¡ Señor O'Sullivan! ¡ Mayor!

— ¿Qué ocurre? — preguntó sobresaltado el teniente coronel.

— ¡Mire!—contestó Richard señalándole la pantalla.

— ¡ Maldición! ¡ Otro uranolito!

— No parece tal, señor, da la impresión de permanecer estático — comentó el mayor.

— Indiscutiblemente no es un planeta. Continuaremos avanzando hacia él.

Entre tanto, el mayor Connors realizó unos cálculos en una computadora, al cabo de los cuales manifestó :

— A tenor de la distancia que nos separa, se trata de una masa de entre veinte y treinta kilómetros de diámetro.

— Luego, podemos deducir casi con certeza que nos hallamos en presencia de un gran planetoide — indicó Richard Grey.

— Es lo más probable — corroboró Connors.

— Si vamos en dirección a la Tierra y con sólo cuatro tubos de propulsión en funcionamiento, no podemos hallarnos en la gran zona de los asteroides. ¿Dónde estaremos? — murmuró O’Sullivan con manifiesta extrañeza.

— Recuerde, señor, que algunos planetoides describen órbitas muy excéntricas — puntualizó Richard.

— Sí, sí, pero todos los asteroides de semejante tamaño son conocidos desde hace muchos años. ¿Cuál será?

— Pues no lo sé.

Mientras, la cápsula espacial continuaba volando raudamente hacia el pequeño astro objeto de las dudas de los tripulantes de la nave, acercándose a él cada vez más. Por fin, el asteroide fue perceptible a simple vista como una naranja suspendida en la infinidad del Cosmos.

A medida que se aproximaban, la configuración era más perfecta y, pese a que los tres vieron la neblina que lo envolvía, fue Richard el primero en comentar el fenómeno:

— El asteroide tiene atmósfera.

— ¿Será respirable? — preguntó el mayor.

—Pronto lo sabremos, vamos a posamos en él — dijo O’Sullivan, que parecía haber recobrado inesperadamente el perdido ánimo—. Mayor, atento a la maniobra de «aterrizaje», si es que podemos llamarla así.

Una hora después, la cápsula espacial Venus VII se posaba lentamente en la superficie de aquel planetoide desconocido, muy cerca de una exuberante vegetación enmarcada por unos árboles descomunales que a los estupefactos cosmonautas les recordaron a los sequoias gigantes del estado de California.

Los tres hombres, perdidos en el espacio, no cesaban de contemplar la pujante vida vegetal que se ofrecía a sus ojos, hasta que, transcurridos unos minutos, O'Sullivan exclamó maravillado:

— ¡ Es asombroso! ¡ Esos árboles son como los nuestros!

— ¿Puede haber animales, señor Grey? — preguntó Connors.

— Es muy posible, y, por lo que estarnos viendo, no sería

desacertado suponer que, si también existe fauna, fuera semejante a la de la Tierra.

— Llevamos cuarenta días encerrados en el interior de la cápsula. ¿Les parece que salgamos a echar una ojeada? Un poco de ejercicio nos sentará bien después de tanto tiempo de inactividad.

— Si las aguas del lago que hemos avistado fueran potables y encontráramos frutales comestibles o pudiéramos cazar alguna que otra pieza que nos permitiera ahorrar momentáneamente las provisiones, podríamos permanecer una temporada aquí mientras intentamos reparar los desperfectos ocasionados por el astrolito en el sistema de comunicaciones — comentó Connors, en tono optimista dando así su aceptación a la sugerencia del teniente coronel.

Poco después, los tres hombres equipados con trajes espaciales, a fin de evitar cualquier eventualidad en el caso de que la atmósfera del planetoide no fuera respirable, estaban dispuestos a salir al exterior después de una forzada cuarentena en vuelo.

— A usted le pertenece el honor de ser el primero, señor—indicó Connors a su jefe.

Y cuando el entusiasmado O'Sullivan iba a pulsar el mecanismo para abrir la compuerta de la nave, fue detenido por la voz de Richard Grey.

— Tal vez sería conveniente de que nos llevásemos la «compañía».

— Tiene razón, muchacho, ignoramos si tendremos que enfrentamos con algún peligro y sería aventurado no ir armados. Tomaremos los fusiles láser que su cuñado el general, dispuso que nos «acompañaran» en la expedición.

Una vez que abandonaron la nave espacial, los cosmonautas se encaminaron precavidamente hacia la selva cercana observando con atención cuanto se extendía a su alrededor. El avance de los dos militares era lento, ya que aguardaban constantemente a que Richard se les uniera cuando quedaba rezagado, absorto en el estudio de cualquier piedra o planta de las que hallaban a su paso.

No llevarían más de media hora andando cuando, de pronto, quedaron como petrificados por el terror. A menos de treinta metros de distancia apareció súbitamente un horripilante monstruo que avanzaba en dirección a ellos.

Con ojos desorbitados veían cómo aquel reptil aterrador con las fauces abiertas que dejaban al descubierto varias hileras de largos y afilados dientes como cuchillos, caminando erecto sobre sus robustas patas traseras se les acercaba a grandes zancadas.

Ante el inminente peligro fue la sangre violenta de indio comanche que circulaba por sus venas lo que hizo reaccionar a Richard Grey. Pasado el momentáneo estupor, apoyó sobre su hombro derecho el fusil de rayos láser y apretó con decisión el disparador. Inmediatamente, el fino haz de poderosa energía chocó contra la cabeza del monstruo, que, por instinto, dejó de avanzar, a la par que ladeaba constantemente la cabeza de un lado a otro como si quisiera rehuir aquella quemazón torturadora.

Instantes después, los dos militares, imitando la acción del hombre de ciencia, dirigieron los rayos de sus fusiles sobre la aterradora bestia, hasta lograr que se derrumbara pesadamente al suelo.

No obstante, todavía estupefactos y temblorosos, continuaron disparando sobre el reptil, pese a que sus movimientos convulsivos habían ya cesado totalmente.

— Creo que hemos conseguido darle muerte — declaró unos minutos después la voz de Richard Grey.

— A fe mía que hemos aterrizado en buen lugar. ¡ Vaya bicho, por lo menos mide quince metros de la cabeza a la cola! — fue el comentario de O'Sullivan a la vez que pasaba inadvertidamente el dorso de la mano sobre su escafandra espacial en un intento vano de quitarse de la frente las gotas de sudor que la bañaban.

— Si no tenemos la suerte de matarlo, nos hubiera tragado como simples aceitunas — dijo Connors intentando bromear, pero sin que pudiera evitar un estremecimiento.

— Regresemos a la cápsula y larguémonos cuanto antes.

— ¿Hacia dónde? — preguntó Grey.

— A cualquier parte. Es preferible encontrar la muerte vagando por el espacio, mientras intentamos regresar a la Tierra, que tener de habérnoslas con estos terribles monstruos — contestó O'Sullivan, presa aún de pánico.

Ya en el interior de la nave y desposeídos de los trajes espaciales, O'Sullivan abrió el botiquín y sacó una botella de plástico aplanada.

— El general Bronston autorizó a que me trajera un poco de whisky para celebrar el acontecimiento cuando llegásemos a Venus. Creo que un trago nos vendrá bien a los tres.

Y uniendo la acción a la palabra, destapó el frasco e ingirió un buen trago del licor; después pasó la botella a Connors, que repitió la acción y la pasó luego a Richard para que acabara con su contenido.

Durante mucho tiempo, O'Sullivan estuvo haciendo cálculos

ayudado por los pequeños cerebros electrónicos de la nave en un intento de establecer el rumbo correcto para el regreso. Tan pronto como terminó, ocupó su asiento y dijo al copiloto:

— Connors, active los propulsores.

— Un momento, señor — demandó Richard—. Ha anochecido y dentro de la cápsula estamos tan seguros como en una fortaleza inexpugnable. Por ello, le ruego que posponga la partida hasta mañana, pues quisiera filmar una película del dinosaurio que abatimos.

— ¿Para mostrarla como trofeo de caza? — preguntó con rara ironía O'Sullivan.

—No es ésa mi intención, señor. En la Tierra sólo poseemos reconstrucciones fósiles, por lo cual estimo que la película será de gran interés científico.

— ¿Qué opina, Connors?

— ¿Qué pueden importamos unos cuantos días más?—respondió con otra pregunta el aludido, absteniéndose de expresar las dudas que sentía acerca de conseguir el retorno a su planeta.

A la mañana del día siguiente, después de convenir que el teniente coronel O'Sullivan permanecería en la astronave, Richard Grey y Connors, enfundados en sus trajes espaciales y con los productores de rayos láser dispuestos a lanzar sus mortíferas descargas se encaminaron, con grandes precauciones, hacia el lugar donde debía estar el cadáver del gigantesco reptil.

Transcurrida una hora de penoso avance, Connors indicó:

— Nos hemos extraviado, Grey.

— Me parece que sí. El dinosaurio no puede estar tan lejos.

— ¿Retrocedemos?

—Es lo más acertado.

Aproximadamente treinta minutos después y cuando Richard Grey empezaba a perder la esperanza de encontrar el cadáver del monstruo, sintió cómo retumbaban en sus oídos las palabras estridentes y horrorizadas de Connors.

— ¡Allí, Grey!

Richard volvió rápidamente el rostro en dirección al sitio donde señalaba su compañero con el brazo extendido, a la vez que, con gran rapidez de reflejos, se aprestaba a disparar su arma, quedando

también fuertemente impresionado por el espectáculo que se ofrecía a sus ojos: habían encontrado el lugar, pero allí sólo se veían los despojos ensangrentados de la que fuera una bestia descomunal.

Richard, haciendo un esfuerzo para vencer las náuseas, se acercó al destrozado dinosaurio. Le llamó la atención un pedazo de la gruesa piel del animal y la recogió del suelo observándola detenidamente.

— ¡ Connors, esta piel ha sido cortada! — exclamó excitado.

Y como el piloto espacial no le contestara, Richard continuó observando los restos del animal, añadiendo después:

— El animal presenta muestras de haber sido descuartizado empleando objetos cortantes.

— Habrán sido otros animalotes los que lo destrozaran.

— Acepto que algunos animales necrófagos se hayan dado un buen festín, pero tengo la seguridad de que el dinosaurio ha sido descuartizado por seres inteligentes.

— ¿Hombres? — preguntó Connors extrañado.

— No lo sé. Únicamente puedo asegurar que en este planetoide existen seres dotados de una inteligencia equivalente, al menos, a nuestro Paleolítico Superior.

— Pero...

— Supongo lo que va a preguntarme: si la evolución de la vida es similar a la de la Tierra, ¿cómo es posible que en el período cretácico haya probables personas con un índice de avance cultural semejante?

— En eso estriba, precisamente, mi desconcierto.

— Y el mío. Regresemos a la cápsula y ya hablaremos más sosegadamente sobre este misterio aparente.

* * *

— Se me confirió el mando de la expedición Venus VII y, por tanto, soy el responsable de todo cuanto ocurra —decía en aquellos momentos O’Sullivan—. No consentiré que se quede en este maldito asteroide poblado de monstruos antediluvianos y de hombres prehistóricos.

— Todavía no sabemos que sean hombres — contestó suavemente Richard Grey en un intento de apaciguar al exaltado teniente coronel.

— Me importa un rábano que sean monos con inteligencia u

hombres. Sea cual fuere la especie de los tipos que descuartizaron al dinosaurio viven en estado salvaje.

— Pero compréndalo, señor, una ocasión como ésta es la primera vez que se nos presenta. Los estudios que pueda realizar tendrán un valor incalculable en el campo de la Paleontología.

— No podrá realizarlos, señor Grey, porque no voy a permitir que se quede en busca de una muerte segura.

— Me permito recordarle que fui incluido en el lanzamiento para aportar todos cuantos datos fueran posibles relativos a la flora de Venus.

— Es verdad; sin embargo yo también me permito recordarle que se reintegró al servicio activo como teniente de las Fuerzas Aéreas, por lo cual me debe obediencia.

—No es mi intención insubordinarme, señor, sólo pretendo aprovechar la oportunidad de poder efectuar las investigaciones que se me encomendaron en este proyecto.

— Por desgracia, no conseguimos llegar a nuestro objetivo.

— En mi caso no veo la diferencia.

—Pues la tiene; allí habríamos permanecido los tres jimios. Además, ni siquiera sabe si la atmósfera de aquí es respirable. ¿Qué le ocurriría cuando se le terminaran las reservas de aire de su equipo? Sencillamente, moriría como un pajarito.

— Voy a proponerle un trato basado en su último razonamiento. Si la atmósfera es respirable, me quedo aquí; si no lo es... no insistiré más en el asunto y también abandonaré este lugar.

—Muchacho, por favor, piense también un poco en mí. ¿Cómo podemos regresar a la Tierra sin usted?— preguntó ahora O'Sullivan en tono suplicante, con el propósito de disuadir al joven para que renunciara a tan arriesgada aventura.

— Nadie podrá reprochárselo por la sencilla razón de que el cuantioso gasto que supuso la operación Venus VII no habrá sido del todo infructuoso. Hemos descubierto vida vegetal y animal semejante a la de la Tierra en un pequeño astro desconocido y ya se habrá dado comienzo a una investigación que luego proseguirá. Grabaré un informe detallado y obtendré unas filmaciones para que lo presente todo en el Centro Espacial. Le aseguro que el fracaso puede transformarse en éxito.

— Temo por su vida, Grey.

— Ya lo sé, señor, y se lo agradezco. Pero ¿quién conoce el futuro que aguarda a cualquier persona? ¿Acaso no puedo morir en el viaje de regreso?

Por el momento, el teniente coronel O'Sullivan no replicó. Permaneció meditando las palabras del joven y después pronunció su decisión:

—Haremos la prueba de si la atmósfera es respirable... y que Dios nos asista a todos.

— Gracias, señor, no se arrepentirá.

—Eso espero.

CAPÍTULO III

El hombre, con una mano en la frente a modo de visera y ataviado con camisa y pantalón de uniforme de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos de América, miraba con rostro inexpresivo en dirección al cielo azul, mientras contemplaba cómo el ingenio volador se hacía cada vez más pequeño, hasta que desapareció totalmente en el firmamento.

Permaneció unos instantes más en su posición, y luego, con la mirada puesta todavía en el espacio infinito, murmuró:

«¡Ojalá volvamos a encontramos algún día!»

Seguidamente, cargóse a la espalda una voluminosa mochila y, asiendo en la mano derecha un extraño artefacto formado por una culata, de liviana pero resistente aleación de aluminio, acoplada a un cilindro metálico del que salía un grueso cañón, Richard Grey comenzó a caminar iniciando lo que sería el primer día de una nueva, y jamás sospechada, faceta de su vida.

El terrestre, en aquel ignoto asteroide, por la manera de comportarse no parecía un ser altamente civilizado, pues, sabiendo que una de las necesidades vitales para la supervivencia era disponer de agua, andaba agachado intentando seguir las huellas de los animales en su camino en busca del preciado líquido, emulando inconscientemente al progenitor desconocido en su genealogía perteneciente a un extinguido pueblo de cazadores por excelencia.

Fue en el tercer día de su estancia en el planetoide y mientras deambulaba por entre la tupida vegetación procurando no apartarse demasiado del lugar donde había establecido su morada en una estrecha gruta a un nivel de unos doce metros de altura y en las proximidades de un gran lago de transparentes aguas, cuando tuvo el sobresalto. Acababa de escuchar un grito de temor con matices a todas luces humanos.

Con todos los músculos en tensión, Richard Grey permaneció inmóvil concentrando la atención a su alrededor. Transcurridos unos minutos sin que el impresionante silencio fuera interrumpido, el joven se relajó a la par que monologaba:

«Me habré confundido».

Pero, como si la realidad de los hechos quisiera intervenir para refutar su comentario, nuevamente percibió con toda claridad un angustioso chillido.

«Es una voz humana, no me cabe duda».

Y extremando las precauciones, corriendo agachado y tan sigilosamente como podía escudándose de árbol en árbol, se dirigió en dirección al lugar donde le pareció que había gritado el ser que presumía humano.

De pronto, Richard se detuvo en su avance. A sus oídos acababan de llegar perfectamente audibles una serie de palabras como si recitasen unas oraciones.

Sumamente excitado, continuó caminando despacio hasta que de nuevo se detuvo, después de haber dado unos pocos pasos más. En un reducido claro y a menos de diez metros de distancia hizo el sensacional descubrimiento: allí había seres de contextura humana.

De espaldas a él, un grupo de cinco hombres de baja estatura, cabello blanco, piel extremadamente nívea y ataviados con rojas túnicas hasta la altura de las rodillas, con los brazos levantados al cielo, musitaban unas contestaciones a las palabras que pronunciaba otro individuo de su misma raza.

El hombre que parecía regir la ceremonia, situado de cara a Richard, pese al albo color de su cabello, mostraba las facciones de un ser joven. En aquellos instantes, asía con ambas manos una corta y puntiaguda lanza, la cual dirigía en dirección a un cuerpo tendido en el suelo.

A Richard le bastó una sola ojeada para captar la escena y comprender el significado de la misma: aquellos individuos de piel blancolechosa iban a llevar a cabo un sacrificio humano.

Fue entonces cuando concentró la atención en la víctima y la visión le hizo estremecerse involuntariamente: atada a unas estacas clavadas en el suelo, con los brazos en cruz y las piernas abiertas, se hallaba una mujer de epidermis sonrosada, vestida con unas pieles de animal.

La reacción de Richard fue impensada. Se enderezó, apoyó en su hombro derecho el fusil láser y apuntó rápida y cuidadosamente al hombre encargado de consumar la inmolación.

Y cuando el sanguinario sacerdote levantó la lanza para clavarla en el pecho de la víctima quedó inmóvil súbitamente. A muy corta distancia y frente a él, había descubierto al extraño y jamás visto intruso. Fue lo último que sus ojos contemplaron, pues en aquel preciso momento cayó desplomado sin vida al recibir en el cuerpo la descarga del rayo mortal.

El hecho resultó sorprendente para los hombres que seguían el

ceremonial del cruento sacrificio, pues cuando esperaban que la pequeña lanza se hundiera con fuerza en el pecho de la mujer quedaron asombrados al ver cómo su hermano de raza caía fulminado antes de finalizar el último y esperado acto del ritual.

La patente agilidad de los cinco individuos al acercarse al muerto era propia de hombres jóvenes dotados de gran vigor físico, circunstancia que indicó al paleontólogo que los cabellos blancos no eran característica de una edad avanzada como ocurría en la Tierra, sino un color impuesto por la naturaleza de acuerdo con su piel blanquísima.

Casi al mismo tiempo se percataron de la presencia de Richard. Uno de ellos, pasada la momentánea estupefacción y adivinándolo un peligroso enemigo, extrajo un largo cuchillo de su cintura y, dando un fuerte y escalofriante alarido, corrió hacia el terrestre.

Richard Grey no era ya el pacífico profesor de Ciencias Naturales de la ciudad de Houston; en un instante se convirtió de nuevo en el frío y calculador combatiente del Vietnam. Con serenidad, desvió ligeramente la dirección del cañón del fusil de rayos láser y apretó el disparador. El habitante del planetoide desconocido recibió la energía de la descarga en pleno rostro quedándole la cabeza materialmente carbonizada. Sin embargo, antes de caer muerto al suelo, avanzó unos pasos más impulsado por la inercia de la carrera.

Nuevamente, el mortífero fusil de Richard entró en acción y otro de los singulares seres se desplomó sin vida.

Los tres restantes, mostrando en sus rostros un manifiesto terror, reaccionaron de inmediato y, movidos unánimemente por el instinto de conservación, huyeron tan velozmente en el interior de la tupida vegetación que Richard no tuvo ocasión de efectuar otro disparo.

Sin perder ni un segundo, el terrestre se aproximó con largas zancadas a la víctima que tan a tiempo había podido salvar de la inmolación y al fijar la atención en ella quedó vivamente impresionado. Contemplaba el rostro de mujer más hermoso que nunca viera. Tenía una abundante cabellera rubio platino y las facciones tan perfectas como las de las esculturas de las divinidades femeninas de las mitologías griegas y romanas. Pero lo que más le fascinó de la joven, aparentemente de unos veinte años, fueron las pupilas que lo miraban. Parecían dos trozos de oro bruñido incrustados en unos grandes ojos.

Después, recogió uno de los machetes del suelo y cortó las finas tiras de cuero que sujetaban las muñecas y los tobillos de la joven. Tan pronto como estuvo libre, se levantó, miró los cadáveres de sus

verdugos y creyendo en su cerebro primitivo al hombre libertador, por su ropaje, su rostro bronceado y cabello negro tan distinto al de los humanos que poblaban el asteroide, a una deidad, se postró en el suelo y lo adoró.

— ¡ Levántate, chiquilla, no soy un dios! — le dijo Richard, asombrado, a la vez que la asía por uno de sus bien torneados brazos y la hacía incorporar.

Ella debió de adivinar la intención del misterioso ser, puesto que se levantó con gran presteza quedando de pie, con mirada reverente, junto a él.

Al contemplar Richard la aventajada estatura, el inicio de unos prominentes senos, el delgado talle y las esbeltas piernas de la mujer, murmuró:

— Físicamente no puedes estar mejor dotada, prueba inequívoca que la evolución de tu raza en tal aspecto está a la misma altura que la nuestra. Por ello, no comprendo cómo todavía puedan existir en este planetoide animales que ya hace miles de años desaparecieron de la faz de la Tierra.

La joven, pese a que no comprendía las palabras de Richard, lo escuchaba sin dejar de observarlo con evidente admiración, esperando que de un momento a otro desapareciera de su vista tan repentinamente como había aparecido.

— Aunque no sea la postura más adecuada de quien, a no dudar, crees un dios, como soy tan mortal como tú, será preferible que huyamos antes de que acudan más tipos de esos.

Y uniendo la acción a la palabra, le indicó la dirección en que había venido y echó a correr, comprobando con satisfacción que si bien ella no lo entendía, si había comprendido el significado de su gesto, por cuanto, sin aparente esfuerzo, se mantenía siempre a muy pocos pasos de distancia.

Cuando llegaron al refugio de Richard, después de continua carrera y de una penosa ascensión por las abruptas rocas donde se hallaba situada la cueva, el joven, con visible fatiga, se sentó en el suelo con la espalda apoyada en una de las paredes, mientras la mujer, sin mostrar signo de cansancio, permanecía de pie sin dejar de posar en él la mirada de sus extraordinarios ojos dorados.

— Eres tan fuerte como hermosa. Ven, siéntate a mi lado — le dijo Richard aun a sabiendas de que no lo entendería.

Y como ella no efectuara movimiento alguno, la tomó de la mano, la aproximó a él y mediante gestos le hizo comprender su intención.

Tan pronto como estuvo sentada, Richard, que no la había dejado, al notar que los dedos de la mano que asía eran muy finos, le examinó la yema de los dedos y comprobó de qué carecían de líneas papilares.

—Aunque insignificantes, de momento existen dos variantes entre nuestras razas; el color de los ojos y las yemas digitales.

La joven no hacía movimiento alguno, Se limitaba a escuchar y a observar a su salvador con tal atención que casi rayaba en la veneración. En su atrasado cerebro no podía ni siquiera llegar a imaginar que Richard era sólo un hombre, sin ningún otro atributo, procedente de un planeta lejano.

Richard, después de un prolongado descanso, se levantó, se aproximó al extremo de la cueva y volvió junto a ella trayendo unos frutos de tamaño descomunal semejantes a las manzanas terrestres.

— Estarás desfallecida, toma, cómete esta... manzana.

En esta ocasión, no fue preciso que Richard le hiciera ningún ademán, pues, tan pronto como le tendió el colosal fruto, ella lo tomó y empezó a comerlo con gran apetito.

* * *

Richard dormía tan plácidamente que cuando unos dedos le golpearon suavemente las mejillas no despertó. Al poco rato, y sin el uso completo de sus facultades físicas, tuvo la sensación de que alguien le estaba hablando, a la vez que le tocaban el rostro. Como la sensación perdurara, su cerebro captó con mayor claridad las impresiones sensoriales y despertó. A su lado, la joven a la que librara de la muerte el día anterior estaba pronunciando quedamente unas palabras incomprensibles.

— Buenos días, bella desconocida — la saludó con una amplia sonrisa.

Pero ella, tan pronto cómo vio que Richard se levantaba, con el brazo extendido le señaló hacia la entrada de la cueva.

— Sí, sí, comprendo, me has despertado por que ha amanecido un nuevo día.

Mas, como él no hiciera intentos de salir al exterior, la joven volvió a hablarle sin dejar de señalar la abertura de acceso al refugio.

— ¿Quieres que me asome? — inquirió Richard en tono apacible, como si hablara con una niña de corta edad.

Y con el exclusivo deseo de complacerla se acercó a la estrecha boca de la cueva y atisbo los alrededores.

El gesto instintivo de retirarse con prontitud al interior cuando vio al hombre de blanca tez tensar el arco le salvó la vida, pues, de inmediato, una flecha perfectamente dirigida chocó contra la roca donde estaba segundos antes.

Las rojizas facciones del hombre terrestre se habían endurecido súbitamente perdiendo la dulzura que mostraran cuando, sin comprender el aviso, saliera incautamente de la cueva para satisfacer lo que creía sólo era un fútil deseo de la mujer. Rápidamente colocó a la joven en el extremo opuesto para resguardarla del peligro que intuía corrían de ser alcanzados por alguna saeta; luego, tomó el fusil láser, se acercó a la entrada del refugio y, echándose de bruces, asomó parcialmente la cabeza procurando ofrecer el menor blanco posible a sus enemigos.

Saltando por las escabrosas rocas con una agilidad prodigiosa que recordaba la de una cabra montés, uno de los habitantes del asteroide había llegado a corta distancia del terrestre. Richard apuntó cuidadosamente, si bien con el ferviente deseo de que el individuo abandonara en última instancia la persecución. No quería matar, le repugnaba tener que disparar contra aquellas gentes primitivas que, tal vez, sólo veían en él a un extraño y peligroso enemigo del que debían librarse a toda costa. Desvió ligeramente el punto de mira del fusil y disparó unos metros delante de su perseguidor con la esperanza de que sus efectos lo intimidaran. Pero fue en vano, al valiente guerrero el hecho singular de ver fundirse unas rocas a sus pies todavía lo enardeció, pues, emitiendo un fuerte grito, indudablemente de guerra, continuó su avance lanzándole con pasmosa destreza la jabalina que empuñaba y que no dio en el blanco presentado por sólo unos centímetros. Ya no existía alternativa, la lucha por la supervivencia era un imperativo y si Richard quería seguir viviendo forzosamente tendría que matar a pesar de sus sentimientos de hombre civilizado. Rectificó velozmente la puntería y la segunda descarga del láser alcanzó al hombre en el momento que saltaba; cuando cayó, su cuerpo carecía de vida y chocó repetidas veces contra los salientes de las rocas antes de llegar a la planicie.

Inmediatamente, dos de los compañeros del caído se acercaron al cadáver, Richard, con la intención de observar los próximos movimientos de sus asaltantes, asomó por completo la cabeza y parte de los hombros. Milagrosamente, por segunda vez en el transcurso de pocos minutos salvó la vida, pues en aquel instante una flecha pasó silbando a poca distancia de su cuerpo para estrellarse contra un

peñasco cercano.

Richard giró velozmente la dirección de su arma y muy pronto tuvo encañonado al hombre que disparara la flecha, el cual, al intentar repetir la hazaña, hizo el postrer movimiento de su existencia, puesto que, de inmediato, el rayo mortal lo fulminó.

Matar o morir era la única alternativa que ofrecían los temerarios habitantes del asteroide y Richard no dudó en elegir sus actos futuros. Apuntó a otro de sus perseguidores y apretó el disparador del arma sin vacilación. El tercero de los hombres que intentaban tenazmente darle muerte recibió en el pecho la poderosa energía del láser y se desplomó con el tórax carbonizado.

Y aunque, desde su elevada posición, viera correr a cuatro más con la intención de refugiarse en la cercana selva, como presentaran momentáneamente la espalda, Richard se abstuvo de efectuar nuevas descargas. No obstante las trágicas circunstancias en que se hallaba, no quiso cometer lo que en su fuero interno le pareció no sería defender su vida, sino cometer unos asesinatos.

A pesar de la aparente fuga del resto de sus enemigos no quedó tranquilo; intuía que permanecerían ocultos en escondites cercanos, al acecho de que la necesidad acuciante del hambre y de la sed le obligara a tener que abandonar su refugio y poder, entonces, enfrentarse a ellos a pecho descubierto. Era una treta que había practicado la humanidad en la Tierra desde los tiempos más remotos.

De pronto, inopinadamente un tercer elemento pasó a intervenir de manera indirecta en la contienda. Acababan de escucharse unos bramidos escalofriantes y, acto seguido, hicieron aparición una pareja de dinosaurios que, llevados por su instinto s# acercaron a los cadáveres de los hombres que matara el terrestre y los devoraron en un santiamén. Luego, con su caminar erecto, se internaron en la selva en busca de nuevas presas a las que engullir.

Entretanto los monstruosos reptiles desaparecían de su mirada, Richard, impulsado por los conocimientos que poseía de la paleontología terrestre, monologó con manifiesto desconcierto:

«Dinosaurios y hombres que usan lanzas, cuchillos y flechas conviviendo en la misma era. Aquí hay algo que no encaja».

Después, volviendo a la realidad y prescindiendo de su natural inclinación a la investigación, comprendió que había llegado el momento de abandonar aquella cueva que se convertiría en una cárcel perenne y de la que sólo podría marchar arrostrando los peligros de una nueva lucha. Penetró en el interior, y colocó los utensilios esparcidos por la gruta en una mochila, se la colgó a las espaldas y

luego dijo a la joven, que no se había movido del lugar donde la dejara al iniciarse la corta pero mortal contienda:

— Sé que no me comprendes, pero tengo necesidad de hablarte. Los hombres que te querían sacrificar y a los que tan oportunamente descubriste han hallado nuestro refugio y le pondrán cerco. Tarde o temprano, tendremos que salir para proveernos de alimentos y, lógicamente, se entablará otra escaramuza. Aunque mi arma es muy poderosa, si me atacan muchos al mismo tiempo, tal vez no pueda contenerlos y algunos de ellos logre su propósito de matarme. En estos instantes, debido a la presencia de dos grandes reptiles hambrientos, nuestros perseguidores han escapado; nosotros les imitaremos. Vámonos.

Richard Grey, lenta y precavidamente, fue bajando por el escabroso camino evitando dar un traspié que pudiera resultarle fatal. Al llegar al final de su penoso descenso, la joven ya lo estaba aguardando.

— Hemos de buscar otra guarida, ¿Hacia dónde podemos dirigirnos? — preguntó, pese a saber que su pregunta era inútil.

Esta vez, Richard quedó sorprendido, pues la mujer pareció adivinar los deseos de su salvador y, con el brazo extendido, le señaló en dirección a la orilla opuesta del lago.

— Tú debes de ser una buena nadadora, pero yo, con todo este impedimento, escasamente podré avanzar unos metros.

Pero la joven, como si comprendiera su razonamiento, empezó a caminar aprisa por un verdadero laberinto de estrechos y tortuosos senderos, esperando a que Richard la alcanzara cuando quedaba demasiado rezagado.

¿Cuántas horas llevaban de marcha ininterrumpida? ¿Tres? ¿Cuatro? Richard no podía decirlo; únicamente sabía que su cuerpo se tambaleaba de fatiga y de que no podía dar un paso más. Descargó la mochila de su espalda y, más que sentarse, se dejó caer derrengado al suelo.

La reacción de la joven fue inmediata. Corrió hacia él y, arrodillándose a su lado, le pasó los dedos por el rostro, mientras le hablaba cariñosamente en su idioma también incomprensible.

— No te preocupes, muchacha, no me ocurre nada, únicamente quiero descansar un poco — intentó tranquilizarla Richard con voz jadeante.

Ella permaneció unos minutos más acariciándole la cara, y después, inesperadamente, se levantó y trepó ágilmente a la copa de

un árbol para observar en todas direcciones, mientras Richard, sin dejar de mirarla, se preguntaba:

«¿Instinto de presa acosada? ¿Señal de una inteligencia superior a la que le atribuí, en principio, a tenor de la escasa vestimenta que usa confeccionada con pieles de animal?»

Después de un prolongado descanso y haber recobrado las perdidas fuerzas, Richard volvió a colocarse en la espalda la mochila, dispuesto a continuar la caminata. Tan pronto como la joven vio los preparativos, se deslizó por el tronco del árbol en el cual se había apostado, se le acercó y le habló nuevamente con la misma dulzura.

— Sí, podemos proseguir; creo que ya vuelvo a encontrarme en condiciones—dijo Richard contestando a lo que suponía era una interrogación formulada por ella interesándose por su estado.

Aunque no se entendían por medio de la palabra, cada uno de ellos parecía comprender el sentido de las frases del otro al adivinar sus intenciones.

No llevarían más de media hora andando a través de la exuberante selva, después de haber reemprendido la marcha, cuando ella cambió repentinamente de dirección. A los pocos minutos, y con amplia sonrisa que dejaba al descubierto una blanca y perfecta dentadura, le mostró, semioculta por la maleza, una rudimentaria embarcación construida con un grueso tronco vaciado, en el cual se había adelgazado las partes extremas a fin de darle una mayor facilidad para la navegación.

Sin dejar de sonreír, la joven extendió el brazo, como hiciera la vez anterior, y le señaló el lago.

— Comprendo, tenemos que embarcamos en ese lujoso transatlántico.

Acto seguido, Richard depositó su mochila en la tosca canoa y después la empujó dentro de las tranquilas aguas. Tan pronto como él se acomodó lo mejor posible, la joven asió el remo y, con suma destreza, la hizo deslizar con relativa velocidad por la tranquila superficie del lago.

A medida que ella impulsaba la canoa con fuertes paladas, Richard Grey quedaba más maravillado de la resistencia física que mostraba la mujer, puesto que su cuerpo era en apariencia de constitución delicada.

Al llegar, al cabo de más de una hora de navegación, cerca de la orilla opuesta, la joven hizo tomar a la embarcación un sentido paralelo y continuó remando hasta arribar a un punto donde emergía

bruscamente una gran mole rocosa de unos diez metros de altura y totalmente inaccesible, puesto que parecía haber sido cortada a cincel. Ahora detuvo la canoa y seguidamente emitió unos gritos que Richard Grey, de haberse hallado en la Tierra, hubiera definido como la imitación perfecta del canto de alguna ave exótica.

Casi al instante, en lo alto del promontorio apareció un hombre de estatura más elevada que la de los pobladores de blanca piel, de constitución atlética, pelo de color semejante al de la mujer y con el cuerpo semidesnudo, ya que únicamente iba vestido con una faldilla de piel.

Como se quedara mirando fijamente, con manifiesto estupor, al extraño compañero de la joven, ésta le habló largo rato, explicación que tuvo la virtud de hacerlo poner en movimiento, pues a los pocos instantes les arrojaba algunas lianas muy fuertes.

La muchacha se apresuró a tomar los extremos de aquellas cuerdas vegetales y procedió a pasarlos por unos agujeros hechos ex profeso en la proa y popa de la canoa, mientras el hombre de lo alto daba grandes voces.

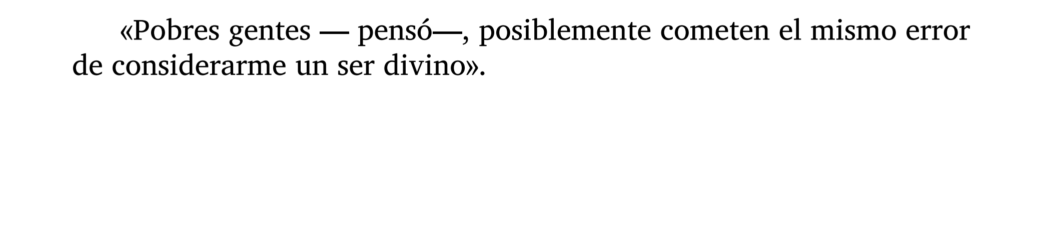
Pocos minutos después, eran ocho los hombres que miraban sorprendidos a Richard, los cuales, tras un diálogo con el primero que apareció a los gritos de la joven, echaron hacia ellos varias lianas más.

El terrestre comprendió de inmediato cuál era la finalidad que perseguían y ató también la voluminosa mochila. Luego, se pasó por el cuello la bandolera del fusil láser e imitó el gesto de la joven de agarrarse a una de las cuerdas e iniciar la ascensión, apoyando los pies en la lisa pared.

No obstante los prolongados y diversos ejercicios de entrenamiento a los que Richard fuera sometido en el lejano Centro Espacial de Houston, cuando, al fin, dio término a su escalada y unas manos amigas acabaron de subirlo, la joven se le había adelantado de nuevo, sonriendo complacida al ver cómo sus hermanos de raza tocaban con admiración la tela del uniforme del joven y que otro, más atrevido, le asía una mano y miraba el bronceado antebrazo.

— Sí, hombre, aunque de otro mundo, soy un ser de carne y hueso como tú. Si estás sorprendido por mi presencia, yo, te lo aseguro, no lo estoy menos por la vuestra.

Tras las palabras incomprensibles del joven, en el grupo estalló pronto una gran algarabía, pues de inmediato todos formularon continuas preguntas a la joven. Al término de la prolongada conversación, Richard Grey observó que las doradas pupilas de los hombres también lo miraban con insólita fascinación.



«Pobres gentes — pensó—, posiblemente cometen el mismo error de considerarme un ser divino».

CAPÍTULO IV

El hombre, con largos cabellos mal cortados, si bien con el rostro rasurado, y vestido con un gastado pantalón y una ajada camisa, llevaba varias horas absorto en sus pensamientos, sentado al pie de un árbol.

Al escuchar una voz cerca de él, se sobresaltó.

— Idu, ¿qué te ocurre?

— Nada, Tavaha, sólo recordaba cosas de mi pueblo.

La mujer guardó silencio. Luego, sentóse junto al hombre y, en tono en el que se advertía una intensa tristeza, preguntó:

— Los hombres de tu mundo vendrán pronto a buscarte con sus máquinas voladoras, ¿verdad?

— No sé qué responderte, Tavaha — contestó Richard Grey—. Su búsqueda por el espacio puede durar todavía años y años, dando como seguro que mis compañeros hubieran tenido la fortuna de poder regresar sanos y salvos a la Tierra.

— ¡ Cuántas veces te habrás arrepentido de haberte quedado aquí!

— No confundas la añoranza con el arrepentimiento.

— Pero, Idu...

— Tavaha — le interrumpió Richard—, aunque, por mucho que te lo explique, no puedes llegar a comprender la enorme diferencia que existe entre las civilizaciones de mi pueblo y el tuyo, si tuviera que elegir entre mi vida anterior y la de ahora, preferiría la actual.

—¿Por qué?

— ¿Sabes, acaso, lo que es estar enamorado, querer a un ser de sexo distinto, amarlo con tal intensidad que sin él la vida no tiene objeto? — replicó Richard en tono exaltado.

— Sí, Idu, lo sé — contestó la joven con sinceridad.

Ahora fue Richard el que preguntó:

— ¿Quién es él?

— ¿Es posible que todavía no te hayas dado cuenta?

— ¿Ubio?

— No, tú.

Richard rodeó con su brazo el cuello de la joven y, con voz ronca, inquirió:

— ¿No confundirás el agradecimiento con el amor?

— No, Idu, aunque el motivo de haberte conocido no hubiera sido el salvarme la vida cuando los tafellas iban a sacrificarme al dios de la caza, estoy segura de que me habría enamorado igualmente de ti.

— ¡ Tavaha!

Y la hermosa joven quedó agradablemente impresionada cuando Richard la besó repetidas veces en sus rojos labios. Había sido la primera vez que supiera de la existencia de aquella singular demostración de amor y que en su pueblo se desconocía.

* * *

Richard Grey, con el torso desnudo, lavaba lo que ya sólo eran los restos de una camisa de uniforme de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, en un riachuelo, alimentado continuamente por las aguas de un inagotable manantial que revertía después al lago formando una pequeña cascada.

Depositó la prenda mojada en el suelo para que los rayos del sol la secaran, e introduciéndose las manos en los bolsillos del pantalón, regresó al poblado donde residía desde hacia tanto tiempo que incluso había llegado a perder la noción de ello. Sólo sabía que, después de haber llegado la cápsula Venus VII al asteroide misterioso en el fracasado intento de alcanzar su destino, habían transcurrido muchos días, meses, y quizás también algún año.

Observador innato, tan pronto como penetró en la plazoleta circundada por heterogéneas viviendas construidas unas con pieles, otras, siguiendo sus enseñanzas, con gruesas ramas de árbol y unas pocas ya confeccionadas con piedras unidas con mortero de cal y arena, se dio cuenta de que sucedía algo anormal.

— Tujo, ¿qué ha pasado? — preguntó Richard al primer hombre que halló a su paso.

— Sólo ha regresado Joko de la expedición de caza. Ahora está hablando con Tanam, A los demás, seguramente ha debido ocurrirles alguna desgracia.

Tras las palabras del informador, Richard se encaminó presuroso hacia una de las cabañas y penetro resueltamente en su interior.

Dos hombres, separados por una larga y rústica mesa, uno joven, de pie, con visible excitación, y el otro, de unos cincuenta años, sentado en una tosca silla, sostenían una animada conversación.

Al entrar el intruso, los hombres que dialogaban guardaron súbito silencio.

— Tanam, ¿te importa que escuche vuestra conversación? — preguntó Richard al que estaba sentado.

— Al contrario, tu presencia me alegra porque necesitaré de tu sabio consejo — replicó, y dirigiéndose luego al joven cazador, añadió —: Joko, explícale a Idu cuanto os ha ocurrido.

Éste no se hizo repetir la indicación y narró con brevedad la desventurada expedición.

—Estamos agotando las reservas de carne. Por ello, cinco compañeros y yo arriamos tres canoas y atravesamos el lago en busca de caza. Como sólo encontráramos animales gigantes imposibles de matar, nos fuimos adentrando en la selva siguiendo las recientes huellas de un catrón, esos a los que tú llamas antecesores de los...

— Megaterios — puntualizó Richard al interrumpirse Joko.

— Sí. Entusiasmados por el descubrimiento, ya no pensamos en otra cosa que matar al catrón, cometiendo la imperdonable torpeza de descuidar las precauciones. De pronto, mis compañeros que marchaban en grupo delante de mí cayeron en una trampa preparada para cazar algún animal. En seguida me acerqué al borde del profundo hoyo para ayudarlos a subir, pero que fue imposible, pues era muy hondo y alguno había quedado maltrecho por la caída. Corrí en busca de una liana y al regresar, afortunadamente para mí, me di cuenta de que rodeando la trampa había muchos tafellas. De haber tratado de combatirlos sólo, únicamente habría hallado la muerte sin lograr hacer nada en favor de mis hermanos. Por tal motivo, y no por miedo, traté de huir de allí y regresar al poblado para reunir algunos guerreros y poder atacar a nuestros enemigos.

— A estas horas, los tafellas ya los habrán matado — comentó Richard.

— Te engañas, Idu — replicó Tanam—, nuestros enemigos son muy crueles y querrán disfrutar viendo sufrir a los nuestros. Se limitarán a custodiar la trampa para evitar que puedan salir y estarán regocijándose observando cómo, después de prolongada agonía, mueren de hambre y de sed.

— De ser cierta tu suposición, cabría la esperanza de rescatar a los cautivos. No obstante, mucho me temo que estás equivocado.

— Sería la primera vez que los tafellas no obraran así.

— En todo caso, la segunda. Recuerda las trágicas circunstancias en que hallé a Tavaha.

— Fue muy distinto. Las víctimas que sacrifican a sus dioses únicamente pueden ser mujeres y cuanto más bellas y jóvenes, mejor.

— ¿Estás seguro?

— Tan firmemente como mi creencia en que tú no has dicho la verdad con respecto a tu venida desde otro mundo... al igual que nuestros antepasados.

—¿Vuestros antepasados? — preguntó vivamente excitado Richard Grey, ante la posibilidad de despejar la incógnita que siempre se le planteaba por la presencia de aquellos seres humanos tan físicamente perfectos en una evolución propia del período cretácico.

— Ya hablaremos de ello en otra ocasión — respondió Tanam, eludiendo la pregunta —; ahora lo más importante, es reunir un nutrido grupo de hombres para marchar de inmediato a luchar contra los tafellas.

—Aguarda, Tanam, tal vez no sea una medida acertada el que vayan muchos de tus guerreros.

El eludido guardó momentáneo silencio, puesto que tenía en Richard una confianza ilimitada. Su pueblo, desde el día en que Tavaha llegó con aquel ser de piel rojiza y cabello negro, había prosperado de forma manifiesta debido a sus enseñanzas. Más, como no continuara exponiendo su plan, preguntó al fin:

—¿Por qué?

— Por la conveniencia de pasar inadvertidos en nuestra incursión. El factor más importante ha de ser sorprenderlos.

— ¿A cuántos guerreros quieres que envíe?

— ¿Qué número de tafellas calculas que habrá durante la noche custodiando el lugar?

— Pocos, y me atrevería a asegurar que no más de diez, sin contar a los que estarán apostados por los alrededores en continua vigilancia, pese a que jamás se ha librado un combate de noche. Saben que nosotros no dejaremos de acudir a salvar a nuestros hermanos, si bien confiarán en que lo hagamos con luz diurna.

— En este caso, sólo preciso de uno de tus mejores cazadores.

— ¿Uno? — preguntaron asombrados al mismo tiempo Tanam y

Joko.

— Sí, y aún para que me sirva de guía.

— Idu, ¿quieres decir que serás tú quien vaya a rescatarlos? — preguntó Tanam con un destello de esperanza en sus dorados ojos.

— Exactamente.

— Tanam, permite que sea yo quien acompañe a Idu—Solicitó con entusiasmo el joven Joko.

— No, tú debes estar fatigado y el guía de Idu ha de estar en perfectas condiciones físicas. Si estuvieras en mi lugar, ¿a quién elegirías?

—A Vato. Somos muchos los que hemos aprendido de él y es el único en poder olfatear a un tafella a mucha distancia.

— ¿Olfatear? — preguntó Richard, conocedor de que siempre daban un sentido real a las palabras que usaban.

— Los tafellas tienen la piel muy delicada y en las épocas de calor la protegen de los rayos del sol por medio de una capa de grasa de catrón. Vato posee la rara cualidad de percibir su olor a considerable distancia y, además, es fuerte y valiente. Por tales razones estimo que es el más indicado para acompañarte.

— Sea Vato, pues.

— Joko, ve a buscarlo—ordenó de inmediato Tanam.

Al regreso del emisario, Richard Grey fijó la atención en el hombre que sería su guía en la arriesgada aventura. Pese a que los pobladores del asteroide eran barbilampiños, circunstancia que les daba un aspecto juvenil, el paleontólogo le calculó unos treinta años de edad; tenía el aspecto vigoroso y a tenor de las preguntas concisas que formulaba mientras Joko le explicaba los hechos acaecidos, lo juzgó inteligente.

— Podemos partir cuando quieras, Idu, yo te acompañaré— aceptó después de la narración, sin que se notara alteración en su voz.

* * *

La canoa, tripulada por dos hombres de ancho y musculoso tórax, pero con notable contraste en su aspecto físico, pues uno era rubio y el otro moreno, se deslizaba silenciosamente por la plateada superficie de las aguas del lago iluminadas por la tenue claridad de la luz

reflejada por un lejano astro.

La embarcación, desde hacía mucho tiempo, navegaba despacio en sentido paralelo a una de las orillas. Súbitamente, el remero la hizo cambiar de dirección y la dirigió, a través del lago, a la orilla opuesta; cuando le faltaban pocos metros, se deslizó al agua y, de un fuerte empujón, adentró una buena parte de la canoa en tierra firme.

Rápidamente, el otro tripulante saltó ágilmente y de un vigoroso tirón acabó de sacar la canoa del lago. Momentos después, el rubio remero ya estaba a su lado, hablando por primera vez desde que iniciaron el viaje.

— Los sorprenderemos por la espalda.

— Bien — contestó su compañero.

Y sin más conversación, el hombre rubio encabezó la marcha sin que sus pisadas hicieran el menor ruido y deteniéndose únicamente cuando su compañero, menos diestro, tronchaba alguna rama seca.

Había transcurrido mucho tiempo desde que empezaran la furtiva caminata, cuando el hombre que marchaba delante se detuvo, levantó el rostro hacia lo alto, como si mirara a las relucientes estrellas, y luego se aproximó a su compañero para murmurar en su oído:

— Idu, ya estamos cerca, olfateo el humo de sus hogueras.

— Adelante, Vato, condúceme al lugar.

A partir de aquel momento, los dos hombres continuaron el avance arrastrándose por el suelo. De pronto, Vato se detuvo y susurró unas palabras en tono tan bajo que casi resultaron inaudibles:

— Aguarda aquí.

Richard Grey, con el mortífero fusil presto a disparar y todos los sentidos alerta, permaneció inmóvil en espera de los futuros acontecimientos que, al parecer, pronto tendrían lugar. Intuía que la realización del ansiado intento de liberar a los cautivos estaba muy próximo.

Al cabo de unos minutos y confundiéndose cual si fuera una sombra, Vato apareció tan repentina y silenciosamente como había desaparecido. Hizo un ademán a Richard y de nuevo prosiguieron juntos el avance.

Ahora, la marcha era cada vez más lenta y precavida, pues ambos sabían que el más mínimo rumor pondría inmediatamente en guardia a sus enemigos.

Richard acababa de vislumbrar por entre los árboles la claridad

que producían las fogatas encendidas por los hombres a quienes pretendían sorprender. Ahora se puso en tensión. A la derecha y a la misma altura, había visto un cuerpo tendido en el suelo. Apuntó con su arma, pero la inmovilidad y extraña postura del individuo hizo que no llegara a disparar. Al fijar con atención la mirada sobre el hombre de blanca epidermis sintió un involuntario estremecimiento de horror: aquel cuerpo, junto a un charco de sangre, no tenía vida y... por lo que veía, tenía seccionada la garganta. Era el resultado de la rápida incursión que Vato efectuara momentos antes.

Siguiendo detrás de Vato, Richard Grey continuó reptando hasta llegar a la meta de su objetivo. Oculto en la espesa vegetación y a la claridad producida por las llamas de dos fogatas, veía la profunda trampa donde cinco hombres aguardaban la muerte, custodiados por tres confiados tafellas.

El terrestre no titubeó ni un solo momento; dirigió el cañón del arma en dirección a uno de los guardianes y apretó el disparador. El efecto fue instantáneo, puesto que el tafella cayó desplomado sin vida.

Para los asaltantes, los segundos tenían una importancia vital, y así debió de entenderlo Richard, pues el fusil cambió con gran celeridad de posición y la descarga abatió a otro de los vigilantes nocturnos.

El tercero, cuando recibió en su cuerpo la energía del láser, cayó fulminado sin ni siquiera haberse percatado de cuanto había ocurrido a su alrededor.

Pero el ruido que hicieron los tafellas, al caer aniquilados, motivó que cuatro guerreros que estaban tumbados, durmiendo, se levantaran con sorprendente prontitud. El hecho de quedar atónitos al observar los mutilados cadáveres de sus compañeros y no ver enemigo alguno fue aprovechado por Richard Grey para disparar sobre ellos con certera puntería.

Unos segundos después, y como el impresionante silencio no fuera interrumpido, Richard ordenó:

— ¡ Vato, sácalos!

El cazador se levantó como si hubiera sido impulsado por un poderoso resorte, emprendió veloz carrerilla hasta el borde de la trampa, tiró dentro del profundo hoyo el extremo de una liana y, sujetando el otro extremo, indicó:

— ¡ Aprisa, subid!

Mientras Richard Grey permanecía atento a la posible llegada de otros enemigos, Vato, con fuerza prodigiosa, tiraba de la cuerda a la

que se había asido el primero de los cautivos. Sin pérdida de tiempo, y ayudado por otros nervudos brazos, fue repitiendo la operación hasta que fueron rescatados todos los prisioneros de la trampa mortal.

Después, con pasmosa agilidad y sin que su carrera produjera el menor ruido, Vato se acercó a Richard y le comunicó cuanto ya había presenciado:

— Idu, nuestros hermanos han salido del pozo.

— Debemos marcharnos en seguida de este lugar. Tú continuarás siendo el guía.

Vato no replicó, pues, al igual que la mayoría de su pueblo, no veía en Richard a un hombre normal y corriente, sino a un ser prodigioso.

Sin embargo, antes de emprender la huida, el cazador indicó a los hombres de su raza:

— Pronto amanecerá y seguramente acudirán más tafellas que, en cuanto adviertan vuestra fuga y encuentren muertos a los guardianes, no tardarán en perseguirnos. Con toda probabilidad, mientras unos se dirigen a la orilla del lago para cortarnos el paso, otros seguirán el rastro de nuestras huellas; por eso, marcharemos en dirección al territorio rocoso de los keles, con quienes siempre hemos vivido en paz.

Y el grupo, encabezado por Vato, emprendió una carrera tan veloz como la enmarañada selva les permitía.

Á las primeras luces del alba, Richard, al observar que Vato cojeaba ostensiblemente, gritó:

— ¡Alto!

Tan pronto como dio la orden, los seis rubios cazadores cesaron de correr, se acercaron y esperaron sus próximas palabras.

Pero Richard, antes de proseguir, miró atentamente las piernas del extraordinario guía y, al ver que tenía el pie derecho ensangrentado, declaró:

— Vato, estás herido. ¿Qué te ha ocurrido?

— Se me ha clavado una espina — contestó sin dar importancia al incidente.

— Muéstrame el pie.

— No perdáis el tiempo por mi causa, Idu. Si no puedo seguiros, huid vosotros; yo procuraré llegar a la tribu de los keles.

— Nadie se irá sin ti — replicó Richard, admirando aún más al rubio cazador de temple de acero, quien, pese al dolor que debía estar soportando, no había proferido ni una queja.

— Te lo suplico, Idu, marchémonos cuanto antes

— insistió Vato, preocupado más por la seguridad de sus compañeros que por la suya propia.

— Como les llevamos ventaja y el rastreo de nuestras huellas les hará perder tiempo, podemos esperar un poco para echar un vistazo a tu pie. Déjame ver la herida.

Vato, sumiso, levantó la pierna y mostró a Richard la planta del pie. Tenía profundamente clavada una gruesa espina de un arbusto que al paleontólogo le recordaba las zarzas terrestres.

— He de sacarte esta maldita espina lo antes posible. ¿Está muy lejos nuestro poblado?

— Detrás de aquella montaña — señaló Vato —, pero todavía tardaremos mucho tiempo porque habremos de dar un largo rodeo.

— Desde aquí no parece difícil el escalarla. ¿Crees que ganaríamos tiempo si lo intentáramos?

— No podemos hacerlo, Idu, es la Montaña de la Enfermedad. Todo aquel que la desafía y llega a la cumbre, enferma y muere. Ningún guerrero, sea cual fuere la tribu a que pertenezca, se atreve ni siquiera a acercarse a sus proximidades.

— ¿Los tafellas tampoco?

— Ya te lo he dicho, Idu, nadie.

— En ese caso, lo haremos nosotros. Acortaremos distancia y al propio tiempo estaremos libres de la persecución.

— Pero, Idu…

— No te preocupes, Vato, yo iré delante y ya verás como la «enfermedad» nos respeta — interrumpió Richard, creyendo firmemente que el temor de aquellos aguerridos jóvenes se debía únicamente a una superstición ancestral.

— Haremos cuanto mandes, Idu.

— Escuchad, hermanos, si no estuviera plenamente convencido de que nada ha de ocurrimos, me guardaría mucho de tomar esta decisión; os aseguro que sería el primero en no querer subir a la Montaña de la Enfermedad — Richard animó así a los demás.

— Ya te ha dicho Vato que te obedeceremos, Idu — corroboró uno

de los recién liberados cazadores.

—Entonces, adelante. Atravesaremos la montaña para acortar camino — indicó Richard, añadiendo seguidamente—: Vato, tú no debes andar; súbete a mis espaldas.

— No lo haré, Idu, caminaré mientras pueda—objetó en tono firme y a la vez respetuoso el herido.

— Lo llevaremos nosotros — indicó otro de los cazadores.

Y como Vato en esta ocasión no protestara, Richard, adivinando los motivos del escrúpulo del guía, le preguntó sonriente:

— ¿Estás de acuerdo, ahora, Vato?

— Sí, Idu.

— Adelante, vamos a continuar.

Después del corto descanso, prosiguieron la marcha, cargando alternativamente al herido, durante un largo trecho.

Tan pronto como abandonaron la selva y penetraron en la parte del territorio de los keles donde la dura roca no dejaba crecer la vegetación, hicieron los últimos esfuerzos para correr con la máxima rapidez. Si llegaban a las proximidades de la cordillera, estarían definitivamente a salvo de la persecución de los tafellas.

Al llegar al pie de la temida montaña, Richard se detuvo y preguntó:

— ¿Estamos ya en zona prohibida?

— Sí—afirmó Vato sin poder disimular su nerviosismo.

— En ese caso, nos tomaremos un descanso antes de proseguir. Creo que nos conviene a todos.

Y como si estuvieran de común acuerdo, los hombres que componían la frustrada expedición de caza se sentaron frente a Richard sin dejar de mirarlo fijamente. El terrestre se percató de inmediato de la lucha interior que sostenían aquellos jóvenes fuertes y de porte atlético entre el temor de subir a la montaña y la confianza puesta en su aseveración anterior.

— Vato, ¿cómo te sientes?—preguntó Richard iniciando la conversación.

— Mucho mejor; la herida ha dejado de sangrar.

— Cuando lleguemos al poblado, te curaré.

— No tiene importancia, Idu, no es la primera espina de catuya

que me saca mi mujer. Ella cuidará de mí.

Después de un prolongado silencio, Richard, deseoso de conocer los motivos del supersticioso temor que acobardaba a sus compañeros, inició de nuevo la conversación para preguntar:

— ¿Qué clase de enfermedad produce la «montaña»?

— No puedo decírtelo con exactitud, pero ya desde niños se nos prohíbe acercamos. Es una advertencia que viene transmitiéndose de padres a hijos.

— Así pues, no habéis visto a nadie que haya enfermado a causa de la montaña — afirmó más que preguntó Richard.

— Ya te he dicho que ningún hombre se ha atrevido a desafiarla.

— ¿No se tratará de un temor infundado, fruto de alguna circunstancia casual?

— No acabo de comprender tu pregunta, Idu.

— Quiero decir que tal vez alguien enfermó después de subir a la cumbre y su mal fue atribuido a un maleficio de la montaña.

— Por las narraciones de nuestros antepasados, sabemos que fueron muchos los enfermos, ocurrió en tiempos distintos y en diversas tribus. Además, perecieron de la misma extraña dolencia y a todos ellos, antes de morir, se les habían caído los cabellos como señal del castigo.

— Como de momento no corréis el riesgo de ser atacados por los tafellas, permaneced aquí y aguardad; subiré a investigar.

— Yo te acompañaré, Idu — manifestó el más joven de los cazadores interviniendo en la conversación hasta entonces sostenida únicamente por Richard y Vato.

— ¿No tienes miedo?

— A tu lado, no.

— Todos opinamos igual, Idu, iremos contigo —manifestó otro de los rescatados pareciendo haber recobrado el valor.

— Dejad que primero lo haga yo para cerciorarme antes de si realmente existe tal peligro.

Y levantándose de la roca donde estaba sentado, Richard empezó la ascensión a la cumbre misteriosa, seguido a corta distancia por el joven que se ofreciera a ser su compañero, tras obedecer la significativa indicación que le hiciera Vato con la cabeza.

Los dos improvisados montañeros habían llegado aproximadamente hasta la mitad de la ladera, cuando de repente, Richard se detuvo y fijó su mirada en un objeto con el cual casi había tropezado. Lo recogió y, al observarlo atentamente, dijo alborozado a su compañero:

— Es un trozo de metal que han forjado hombres muy inteligentes. Pese a la oxidación de quién sabe cuántos años, aún puede verse que formó parte de alguna máquina de estructura avanzadísima.

Y como su compañero no pronunciara palabra al no comprender su comentario, Richard continuó con igual excitación:

— Sin lugar a dudas, los habitantes de tu planetoide no la construyeron — y recordando la enigmática frase que pronunciara Tanam, añadió —: ¿Será verdad que procedéis de un mundo que por la muestra estuvo técnicamente muy avanzado?

A partir de entonces, Richard Grey se convirtió en otro hombre. Se olvidó por completo de los motivos que le indujeron a subir a la montaña prohibida y dedicó toda su atención a la búsqueda de otros vestigios. Ahora, andaba inclinado, fija la atención en el terreno que pisaba, seguido siempre por el cazador que cada vez comprendía menos su extraña actitud.

Cuando alcanzaron la cumbre, el entusiasmo de Richard había decrecido por la falta de nuevos hallazgos. Deambuló por espacio de varios minutos sin dirección fija y de pronto quedó inmóvil por el estupor: a menos de cincuenta metros había una gran masa metálica. Luego corrió hacia su reciente descubrimiento y, con mayor asombro todavía, contempló lo que, con toda certeza, había sido una cosmonave. No obstante estar semidestruida por alguna violenta colisión contra el suelo y el deterioro ocasionado por la piqueta demoledora de los elementos de la naturaleza, pudo deducir que su contextura era circular y que difería totalmente de los ingenios espaciales terrestres. Por fin, en su mente se había aclarado la incógnita del origen de la vida humana tan físicamente perfecta en el asteroide misterioso. Las gentes que lo poblaban, pensó, debían de ser, con seguridad, descendientes de los tripulantes supervivientes de la catástrofe y que, faltos de medios, habían seguido un curso totalmente descendente con respecto a su extraordinaria civilización, hasta el extremo de llegar, con el transcurso de tal vez muchos siglos, a vivir en un estado de total primitivismo.

Richard estaba tan absorto en la contemplación de los restos de aquella cosmonave construida en una época en la que los habitantes de la Tierra posiblemente aún desconocían la electricidad, fuente

primera de todo el desarrollo de la cibernética, que casi no oyó la pregunta formulada por su compañero de exploración.

— ¿Idu, será esta cosa la que produce la enfermedad mortal?

— Si, Guio, «esta cosa» era la causa; pero ahora ya nadie volverá a enfermar por su culpa.

— ¿La has matado con tus relámpagos?

— No, los años se han encargado de ello y la han hecho inofensiva.

¿Cómo podría explicarse Richard Grey para hacer comprender a Guio que la enfermedad que padecieron quienes permanecieron junto a los restos de la astronave se debió a que fueron víctimas de la radiactividad producida por algún propulsor nuclear, al quedar destruida su envoltura protectora, y que la mortal energía liberada ya estaba agotada al cabo de tanto tiempo?

El regreso del pequeño grupo al poblado causó inusitada expectación, que poco a poco se convirtió en desbordante alegría a medida que pasaban por las irregulares callejuelas. Incluso Vato, aunque cojeando ,caminaba por su propio pie.

Al penetrar en la gran plaza, el recibimiento que se les tributó fue apoteósico resonando por doquier gritos de jubilosa bienvenida. Cinco de sus hermanos, prisioneros de los tafellas, habían sido salvados de la muerte y sólo dos hombres habían bastado para realizar tan prodigiosa gesta.

Tan pronto como llegaron frente a Tanam, inválido desde su infancia y sentado en su tosca silla, éste levantó las manos en demanda de silencio, y al instante cesó el bullicio ensordecedor.

— Es inútil que os exprese la satisfacción que me produce vuestro retorno y el agradecimiento que siento especialmente hacia vosotros dos por haber, conseguido tan increíble hazaña. En cuanto a ti, Idu, habrá de añadir un favor más a los muchos que mi pueblo te debe.

CAPÍTULO V

Richard Grey, rodeado de numerosa chiquillería, desde lo alto del risco se entretenía en pescar algunos peces pequeños, si se comparaban con el tamaño de los gigantescos reptiles acuáticos. Esto provocaba gran jolgorio entre la gente menuda que le acompañaba. A él, cada pieza capturada le servía para aumentar el caudal de los conocimientos adquiridos, antes de su llegada al asteroide misterioso, únicamente a través de voluminosos tratados de paleontología y del estudio de restos fósiles.

— Bien, muchachos, por hoy la diversión ha terminado; tomad la pesca y marchaos a vuestras casas

— les dijo Richard de pronto al ver acercarse a Tavaha.

Y mientras los niños se marchaban sin dejar de jugar él se dirigió sonriente al encuentro de la joven.

— ¿También quieres contemplar como pesco...?

— inició la pregunta Richard dejándola sin concluir al observar el rostro demudado de la joven.

— Idu, traigo malas noticias para ti.

— ¿Qué ocurre? — inquirió con manifiesta preocupación.

— Vato está muy mal y en el poblado hay mucha gente que te culpa a ti de ello.

— ¿A mí? ¿Por qué?

— Se rumorea que, cuando huíais de la persecución de los tafellas, hiciste pasar a los cazadores rescatados por la montaña prohibida.

— Era el camino más corto para regresar y ya no existe «radiactividad».

— ¿Qué?

— La causa que producía la enfermedad — aclaró Richard.

— Pero Vato está muy grave, nadie cree que pueda salvarse.

— ¿Compartes también tú esa opinión?

— No, Idu, tú jamás podrás causarnos ningún mal.

— Extraña gente la tuya; hace sólo unos pocos días, todos me festejaban como a un bienhechor de su pueblo, ahora, en cambio, no dudan en achacarme la dolencia de Vato.

— Todos no, Idu, somos muchos quienes, pase lo que pase, confiaremos siempre en ti.

Richard, con las facciones tan endurecidas que parecían estar cinceladas en granito, permaneció pensativo unos minutos y después manifestó resueltamente :

— Yo te acompañaré.

— La situación debe ser muy crítica cuando intentas protegerme — respondió el terrestre con triste sonrisa.

— Aunque no necesitas de mi protección, quiero estar a tu lado en todo momento. Te amo, Idu, y no permitiré que nadie te cause el menor daño... ¡Antes lo mataré!

— ¡Tavaha, por favor, no digas esas cosas!

—En tales situaciones, ignoro cómo se comportan las mujeres de tu mundo, pero yo, no lo dudes, mataré a quien sea sin vacilación.

La plácida mirada había desaparecido de los hermosos ojos de la joven al manifestar su resolución y el tono de su voz era tan firme que a Richard no le cupo duda de que, llegado el caso, Tavaha lucharía en su favor con un ardor comparable al de una fiera en defensa de sus cachorros.

Richard y Tavaha avanzaron de prisa y a los pocos minutos entraban en el poblado. El joven, observador por instinto, advirtió inmediatamente el brusco cambio de actitud que algunos de los moradores habían adoptado con respecto a él, por la frialdad con que era acogida su presencia.

— El ídolo ha sido derribado de su pedestal — murmuró Richard con amargura.

—No te inquietes, Idu; habla con Vato si es tu deseo. Él te comprenderá y convencerá a cuantos te culpan que no eres el causante de su enfermedad.

— Dios te oiga, mujer.

Fueron varios los que, con la atención fija en la choza de Vato, observaron cómo Tavaha y el hombre de la piel rojiza y el pelo negro entraban resueltamente en el interior.

Cuando los ojos de los llegados se acomodaron a la penumbra, lo primero que vieron fue a un hombre tendido sobre unas pieles en uno de los extremos a una mujer joven, sentada en el suelo con las piernas cruzadas, asiendo la mano del postrado.

— Guria, Idu viene a ver a tu hombre — dijo muy quedo Tavaha a

la mujer.

La joven, tras dejar la mano del paciente, se levantó de inmediato, y Richard comprobó que, al igual que la mayoría de las de su raza, era alta y estaba dotada de singular hermosura.

— Hasta hace sólo unos momentos no me he enterado de que Vato está grave. De haberlo sabido antes, no me hubiera demorado tanto en venir.

La mujer no replicó. Por toda respuesta ,sus ojos se empañaron y lloró amarga y silenciosamente.

Richard, conmovido por el intenso dolor de Guria, se acercó a Vato y, al observar sus pómulos sumamente encamados, le puso la mano en la frente. No se precisaban profundos conocimientos médicos para saber que la temperatura del enfermo era muy alta. Después, fijó la mirada en la pierna tumefacta de Vato y al concentrar su atención en el pie, tan hinchado que daba la sensación de que reventaría de un momento a otro, se convenció de la grave enfermedad que lo aquejaba. La insignificante herida que se produjera en la noche del asalto a los tafellas se había infectado. Con rápidos movimientos, quitó un emplasto de hierbas machacadas del pie de Vato y examinó detenidamente los rojizos y purulentos bordes de un corte. En seguida supo que no se había equivocado en su apreciación.

— Guria, ¿le sacaste la espina de catuya? — preguntó Richard.

— Sí — contestó entre contenidos sollozos.

— ¿Entera? ¿No le quedó ningún trozo en el pie?

— Estoy segura que no.

— Vato padece una fuerte infección, pero intentaré curarlo. No le pongas ninguna clase de emplastos ni permitas que nadie lo haga. ¿Me has comprendido, Guria?

— Sí, Idu.

— Tavaha, voy a ir a nuestra cabaña; entretanto pon a hervir un recipiente con agua, pero hazlo afuera, no quiero humo aquí.

Richard abandonó la choza de Vato para dirigirse a la suya. Sólo había andado unos pocos pasos, cuando, pese al ligero rumor que producían las pisadas de unos pies descalzos, supo que alguien lo seguía a corta distancia. Giró velozmente y quedó frente a un joven a quien reconoció al instante.

— Guio, ¿qué quieres?

— Nada.

— Entonces, ¿por qué me sigues?

— Sólo intento acompañarte.

— ¿Detrás de mí?

— Mi intención no es la de molestarte — replicó el cazador con manifiesta mansedumbre.

— En ese caso, camina a mi lado. No me gusta saber que me siguen.

Acompañado del joven Guio, Richard llegó a su cabaña. Revolvió entre los paquetes de su voluminosa mochila y tras seleccionar unos cuantos, los puso en una bolsa de plástico, y en seguida regresó a la casa de Vato.

Guio esperaba apoyado contra la pared junto a la puerta de la vivienda. Aunque aparentaba una postura indolente, estaba atento a cuanto ocurría en sus proximidades.

— ¿Por qué vigilas? — le preguntó Richard, al percatarse de la verdadera intención del cazador.

— No vigilaba, Idu, únicamente te esperaba.

— No pretendas engañarme, muchacho; sé que en el poblado me acusan de la enfermedad de Vato.

— Todos no. Hay algún mal intencionado que ha propalado semejante mentira... pero yo te prometo, Idu, que averiguaré quién ha sido, Jo retaré a duelo público y lo mataré.

— No lo hagas, Guio, no quiero que luches contra ninguno de tus hermanos.

— El responsable de tal engaño no es mi hermano.

— No importa, pertenece a tu misma raza.

— Pero fuisteis tú y Vato quienes salvasteis nuestras vidas — replicó con terquedad el joven.

— Ya hablaremos de ello en otra ocasión. Ahora no perdamos más tiempo charlando y acudamos junto a Vato.

— Tú lo sanarás, ¿verdad? — preguntó súbitamente Guio mientras andaban.

— Lo ignoro. Lo que sí puedo asegurarte es que Vato no sufre la enfermedad de la montaña.

— Ya lo sé.

— ¿Lo sabes? — preguntó extrañado Richard.

— Sí. Según la prohibición, los castigados por la montaña padecen mucho, se les caen los cabellos, los dientes y se cubren de llagas hasta que mueren. Vato sólo tiene el pie envenenado por la púa de cayuta que se clavó.

— Ésta, y no otra, es la realidad.

A medida que andaban, a Richard no le pasó por alto la presencia de los otros hombres a quienes liberara de los tafellas, que, en compañía de dos o tres más, parecían estar apostados, al igual que otros grupos en los que siempre veía una cara amiga, por el trayecto que tenía que recorrer.

Aquellos fornidos jóvenes estaban dispuestos a luchar, para protegerlo, contra los de su propio pueblo. Le serían fieles hasta la muerte y no vacilarían en matar al primero que se le acercara con intención no bien definida.

— ¡ Y precisamente era el derramamiento de sangre lo que Richard Grey quería evitar a toda costa!

Tan pronto como llegaron a la choza de Vato, asimismo custodiada por dos parejas de guerreros fieles, Tavaha le comunicó:

— El agua hierve, Idu.

— Quítala del fuego y tráela. Voy a necesitarla.

Las dos mujeres miraban, cual si no quisieran perder detalle, las manipulaciones del hombre procedente de otro mundo. Veían, asombradas, como un líquido amarillento, contenido en un frasco que parecía estar hecho de agua petrificada, por su solidez y transparencia, pasaba a otro de igual que tenía al final una delgada y larga astilla reluciente. Observaban, simplemente, cómo Richard llenaba una jeringuilla de tres centímetros cúbicos del más reciente descubrimiento de la farmacología terrestre en el campo de los antibióticos.

— Guria, ayuda a Vato a que se ponga de lado y descúbrele la nalga.

La mujer habló con ternura al postrado, y poco después éste se hallaba colocado en la posición que Idu indicara.

El gesto de Guria de taparse la boca para evitar proferir un grito fue instintivo al ver cómo Richard clavaba profundamente, en la región glútea de Vato, la aguja hipodérmica. Luego, incomprensiblemente para ella, observó cómo el líquido amarillento desaparecía de aquel extraño objeto transparente que sostenía la mano del hombre que intentaba curar a su marido.

— Tavaha, mira si Guio todavía está esperando; si es así, hazlo entrar.

Mientras la joven salía a cumplir el mandato de Richard, éste se dirigió al enfermo y, hablándole por vez primera, le preguntó:

— Vato, ¿me recuerdas?

Éste abrió los ojos un instante y murmuró:

— Eres mi amigo, Idu. Hace rato que he escuchado tu voz.

— He venido a curarte y para hacerlo tendré que causarte mucho dolor.

— Tú eres sabio. Puedes comenzar cuando quieras.

— Guio — dijo entonces Richard al joven cazador que estaba en la puerta de la choza—, pasa la hoja de tu cuchillo por las llamas de la hoguera y tráemelo.

Tan pronto como Richard tuvo en su mano el cuchillo tan rudimentariamente desinfectado, limpió con una gasa esterilizada la hoja ennegrecida y de nuevo ordenó:

— Ahora sujétale la pierna para impedir que haga ningún movimiento.

Seguidamente, Richard Grey se arrodilló y con el afilado cuchillo hizo dos cortes en forma de aspa en el lugar donde se había producido el foco de la infección y con gasas esterilizadas mojadas en agua hervida limpió cuidadosamente la mezcla de sangre y pus que salía de las incisiones. Cuando dejó de sangrar, sacó un tubo de pomada de la bolsa de plástico y esparció sobre una gasa una buena porción del poderoso antimicrobiano y la aplicó sobre la herida, fijando después el apósito con una venda enrollada diestramente alrededor del pie.

Cuando terminó de efectuar la cura, se puso en pie y a ninguno de los presentes le pasó desapercibido el pálido color del rostro de Richard. Unos momentos más e indudablemente se habría desmayado.

— Es todo cuanto he podido hacer, Guria. Te recuerdo de nuevo que nadie ha de tocar la herida y mucho menos aplicarle emplastos con hierbas medicinales. ¿Me has comprendido?

— ¿Sanará, Idu? — la angustiada mujer respondió con otra pregunta.

— En estos casos, en mi pueblo se suele decir: mientras hay vida, hay esperanza. Otra advertencia, si Vato tiene sed, dale a beber jugo de catóme.

— Pero el catóme es muy agrio, Idu.

— Precisamente por eso: es un cítrico y, como tal, rico en vitamina C — explicó inadvertidamente Richard en inglés sin que ellos comprendieran el significado de sus palabras.

Cinco días después, y después de tantas inyecciones y curas, al acudir Richard Grey a la choza de Vato vio con satisfacción cómo éste, con la pierna derecha encogida y apoyado en Guria como muleta, le aguardaba fuera rodeado de una alegre multitud. Los antibióticos y la resistencia física del fornido cazador habían vencido a la grave infección. Vato, definitivamente, estaba ya fuera de peligro.

* * *

— Tanam, he de hablar contigo.

El aludido alzó la mirada y la fijó en el rostro taciturno del hombre que había penetrado súbitamente en su cabaña.

— Habla, te escucho.

— He decidido marcharme de tu poblado.

Tanam, sorprendido y con rostro circunspecto, guardó silencio durante unos minutos antes de preguntar:

— ¿Puedo saber las causas?

— Hay un sector de tu pueblo que no me ve con agrado.

— No te preocupes, para algunos todavía eres un extraño: ya cambiarán de criterio con el tiempo.

— Creo que la situación es más grave de cuanto imaginas. Vato, Guio, Kado y otros de tus jóvenes guerreros opinan que hay alguien que anima a las gentes contra mí. Intentan averiguar quién es y si logran descubrirlo o descubrirlos, si es más de uno, los retarán a muerte en combate público. El que luche contra Vato o Kado seguramente no sobrevivirá. Antes de mi venida, en tu pueblo reinaba la paz, y no quiero que ahora, por mi causa, haya luchas entre los tuyos. ¿Comprendes por qué deseo irme?

Tanam guardó silencio nuevamente, meditando las últimas palabras de su interlocutor. Después, contestó:

— Reuniré una asamblea y haré saber a todos cuanto te debemos. Con seguridad, quienes sienten recelos hacia ti cambiarán de opinión y dejarán de producirse estos hechos desagradables que me has

contado.

— Difiero de tu opinión, Tanam. En el fondo, los hombres de tu pueblo y el mío son iguales con respecto a sus emociones y quienquiera que sea la persona a la que mi presencia resulta, digamos, molesta, no cambiará de parecer por muchas razones que le expongas.

— En tal caso, lo expulsaré — replicó con energía el inválido.

— No puedo permitirlo. Él pertenece a tu pueblo y es de tu misma raza. En cambio, yo siempre seré un extraño.

— Un extraño, según te llamas tú, al que debemos el conocimiento de nuestro origen en esta tierra después de tantos cientos de años de habitarla y que sólo conocíamos algunos por tradición. Además, nadie desconoce que reemprendemos un camino hacia nuestra antigua civilización, y que precisamente, has sido tú el artífice, el guía que lo ha iniciado.

— Tus palabras me producen gran consuelo, Taman, pero insisto en marcharme.

— No puedo retenerte contra tu voluntad, Idu. Pero ¿has pensado que el frío pronto se adueñará de nosotros y que las nieves cubrirán estos parajes impidiéndonos el ir a ningún sitio por cerca que esté? ¿Qué harás tú sin provisión de alimentos y de leña para mantener vivo el fuego durante el invierno?

— Todavía tengo tiempo de abastecerme.

— Idu, en tu lengua no cabe la mentira. Se te dio a Tavaha como esposa sin importarnos que fueras de otro mundo cuando dijiste que os amabais. No habéis tenido hijos... ¿No sufrirás la natural decepción de no haber tenido descendencia y será ésta la causa que te impulsa a abandonarnos?

— Te prometo que no. Amo a Tavaha y la querré mientras viva.

— ¿La llevarás contigo? Si de verdad la quieres, no ignoras la serie de continuas penalidades a que vas a exponerla.

Las palabras de Tanam hicieron mella en el ánimo de Richard Grey, pues en esta ocasión fue él quien guardó silencio hasta que, con voz que parecía haber perdido la anterior entereza, preguntó:

— ¿Qué puedo hacer, dejarla?

— Lo siento, pero es lo más conveniente para ella. Volverá de nuevo a la casa de sus padres.

— Y si me negara, ¿lo impedirías?

— Bien sabes que no, es tu mujer... pero también pertenece a mi pueblo y ambos, tú y yo, debemos procurar que ella esté lo mejor atendida posible, por lo cual dejo a tu buen criterio la última decisión.

Richard Grey, cabizbajo, se encaminó hacia la salida de la choza, mas cuando iba a traspasar el umbral, Tanam lo llamó:

— ¡ Idu!

— Di.

— Medita con calma cuanto te he dicho y no te vayas; deja que primero hable con mi gente.

— Será inútil, Tanam. Tarde o temprano, si yo permanezco aquí, Vato o cualquiera de los otros no dejará de cumplir su promesa y habrá derramamiento de sangre entre tus hermanos.

— Haz cuanto te dicte el corazón. Yo confío verte regresar algún día a este pueblo que, desde hace mucho tiempo, es ya el tuyo.

— Gracias, Tanam.

— Que la suerte te acompañe, Idu.

A medianoche empezó a caer la lluvia torrencial presagiada durante todo el día. El hombre, al oír el choque de las gotas de agua en la techumbre de la choza, se levantó con sigilo procurando no despertar a su mujer que, a su lado, dormía plácidamente. A la tenue claridad de las ascuas de una mortecina hoguera estuvo contemplando la rubia cabellera y el hermoso rostro de la mujer durante mucho tiempo. Después, bruscamente, asió una pesada mochila, la colocó a sus espaldas y tras tomar un arma parecido a un fusil, salió de la cabaña y se alejó presuroso bajo la lluvia. De hallarse en la Tierra, a un observador casual, por la indumentaria y el aspecto del rostro, el caminante e hubiera parecido un indio comanche de legendario Oeste americano.

Richard Grey abandonaba el poblado donde se albergó durante tanto tiempo y, lo que más le apesadumbraba, era dejar a Tavaha, la mujer con quien se había desposado de acuerdo con los ritos de una raza humana cuya existencia desconocía su civilizado mundo.

CAPÍTULO VI

La plácida temperatura, que en principio había ido cambiando paulatinamente, lo hizo después de forma tan brusca que a los veinte días el frío era ya muy intenso.

Richard Grey sabía que tenía que abastecerse de alimentos y por eso vagaba desde hacía varias horas por la tupida selva con el propósito de cazar alguna presa que le permitiera aumentar las provisiones de tasajo que durante los últimos días había almacenado.

De pronto, una mezcla de bramido y de rugido horripilantes hizo que se pusiera tenso. Familiarizado con el medio ambiente del planetoide en que vivía, supo que a corta distancia se hallaba un catrón, cuya carne era la más apreciada de entre toda aquella insólita y dispar fauna para él correspondiente a eras pretéritas.

Avanzó precavidamente, agudizando todos los sentidos, hasta llegar a vislumbrar al animal. Por el tamaño, pues no excedía de los dos metros, comprendió que tenía a la vista a una cría de catrón. Apuntó sin apresuramiento y, cuando iba a apretar el disparador de su fusil de rayos, sucedió lo inesperado: una jabalina lanzada con fuerza se clavó en el pecho de la bestia.

El escalofriante alarido de la fiera al sentirse herida debió de resonar en una gran extensión de la selva e hizo que Richard experimentara un involuntario estremecimiento de terror.

Sobreponiéndose al momentáneo pánico experimentado, se aproximó dispuesto a intervenir, pues, al no ver que no lanzaban más lanzas contra el cuerpo del catrón, comprendió que sólo era un hombre el que intentaba la temeraria hazaña de cazar al animal.

No se había equivocado; con la espalda apoyada en un gigantesco árbol, que parecía impedirle la retirada, un hombre de piel lechosa veía, paralizado de horror, cómo la fiera andando erecta, con las fauces abiertas y dando zarpazos al aire cada vez se le acercaba más. Lo que sucedió a continuación le resultó incomprensible al hombre, pues en el instante en que las terribles zarpas de la bestia, provistas de largas y afiladas uñas debían despedazarlo, vio cómo caía pesadamente igual que si hubiera sido fulminada.

Fue entonces cuando advirtió la presencia de un ser con el cráneo y rostro provisto de abundante pelo negro, ataviado con rara vestimenta de pieles que le cubrían por entero las piernas y los brazos.

Pero la sorpresa que experimentó todavía fue mayor cuando aquel

extraño hombre o animal le habló.

— Has tenido mucha suerte de que me encontrara cerca y haya llegado a tiempo de salvarte.

Y como el tafella no contestara, Richard, señalando al catrón, animal semejante a los desaparecidos megaterios terrestres, prosiguió:

— Es una buena pieza, ¿verdad?

En esta ocasión, tampoco respondió el tafella. Continuó quieto unos minutos y después, súbitamente, de un salto felino se abalanzó con gran ímpetu sobre Richard y lo derribó al suelo.

Richard, que no esperaba tal actitud por parte del hombre al que acababa de salvar de una muerte cierta, fue sorprendido un instante, pero cuando las manos de su atacante, a horcajadas sobre él, le rodearon y apretaron la garganta, reaccionó con prontitud. Su brazo derecho se movió como una catapulta y estrelló el puño con tremenda potencia en el rostro del tafella. Las manos finas y los brazos fláccidos del hombre que sólo se había dedicado al estudio en su lejano planeta durante el transcurso de los últimos años, en el estado de absoluto primitivismo que las circunstancias le habían obligado a llevar, se habían fortalecido extraordinariamente.

El duro castigo recibido por el tafella hizo que disminuyera la presión en la garganta de Richard, quien, sin dar respiro a su enemigo, lanzó inmediatamente la zurda de abajo arriba propinándole un tremebundo puñetazo en el mentón, de tal suerte que el golpe pudo librarlo del cuerpo que tenía encima.

Con igual rapidez, los dos antagonistas se levantaron y quedaron frente a frente dispuestos a continuar la pelea. El tafella fue el primero en actuar, pues, por segunda vez, se abalanzó sobre Richard con el intento de agarrarse a él. Richard empleó los rudimentarios conocimientos que aprendiera de boxeo en su época de universitario y cuando los brazos del hombre de cabello blanco iban a sujetarlo, lo castigó con dureza en el hígado con el puño derecho, a la par que, sin perder un segundo, su izquierda repetía el duro golpe en el mentón.

Los demoledores puñetazos de Richard hicieron tambalearse al tafella, circunstancia de la cual se aprovechó el terrestre para continuar golpeándolo con saña una y otra vez, en rápida sucesión, hasta obtener la victoria final cuando su rival cayó derribado al suelo como un guiñapo.

El tafella, semiinconsciente, apoyó las manos en tierra e intentó levantarse, pero, de inmediato, Richard Grey le hizo caer de nuevo de una fuerte bofetada.

Por la mirada de los dorados ojos del caído, Richard comprendió con claridad que el tafella estaba esperando a que lo matara de un momento a otro como remate definitivo de la lucha.

— Te creí un gran guerrero cuando te atreviste a luchar solo contra el catrón, pero me equivoqué, no eres más que un miserable desagradecido y un traidor, pues, en pago de haberte salvado la vida, quisiste asesinarme cuando estaba desprevenido. ¡Debería darte muerte ahora mismo!

Al escuchar aquellas palabras despectivas, el rostro del tafella, con un párpado hinchado, la nariz sangrante y el labio inferior partido, cambió de expresión y habló por vez primera para preguntar, asombrado :

— Cuándo mataste al catrón con tu poder mágico, ¿de verdad lo hiciste para salvarme?

La pregunta del tafella hizo que Richard recogiera su arma, que cayó de sus manos al ser atacado, y luego contestó:

— Sí, maté al catrón cuando vi que iba a despedazarte. Ya te lo dije antes de que me atacaras.

— Pero tú eres amigo de los carios, eres su Idu, el hombre venido más allá del cielo para protegerlos.

— Y en esta ocasión para protegerte a ti.

— Pero tú eres enemigo de nuestro pueblo — continuó argumentando el sorprendido tafella —; has dado muerte a muchos de mis hermanos.

— Lo hice porque las circunstancias me obligaron. A los primeros los maté cuando iban a sacrificar a una indefensa mujer. A los segundos cuando descubrieron mi guarida e intentaron matarme, y en cuanto a los terceros, fue para librar a unos valientes cazadores de la muerte cruel a que los había condenado tu pueblo. Si quienes hubieran obrado así hubiesen sido los carios, te aseguro que habría actuado de idéntica manera.

— Entonces ¿no eres enemigo de los tafellas por ser amigo de los carios?

— No. Ya te he explicado las causas de mi lucha contra los de tu pueblo.

El tafella se incorporó fatigosamente después de la dura paliza que había recibido y cuando estuvo de pie, sin muestras de agresividad, se acercó a Richard para formularle otra pregunta:

— ¿También puedes ser amigo de mi pueblo?

— Si os portáis lealmente, sí.

—¿Y también puedes ser... mi hermano?

— Ya te lo he dicho, si te comportas con lealtad seré tu hermano.

— Primero me has librado de las zarpas del catrón y después de haberme vencido me has perdonado la vida; por ello, te deberé fidelidad mientras viva. ¡Jamás te arrepentirás de haberme dejado ser tu hermano!

— Así sea. Ahora, ve a tu poblado en busca de más gente y llevaos la carne del catrón antes de que acudan otras fieras y lo devoren.

— La caza pertenece al pueblo cario. Fuiste tú quien lo mató.

— Ya no vivo con ellos — replicó Richard con pesadumbre, desapercibida para el tafella.

— Si tú quieres puedes venir al mío, serás bien recibido cuando sepan que me salvaste.

— La experiencia me aconseja que no lo haga, prefiero continuar solo.

El tafella, meditabundo, guardó silencio unos momentos, y luego en tono suplicante, demandó:

— ¿Por qué no dejas que te acompañe y viva contigo?

— Para ti es más conveniente que regreses a tu pueblo y vivas con los de tu tribu.

— Nadie me espera, soy un solitario como tú — y antes de que Richard pudiera replicar, añadió —: Me gustaría mucho ser tu compañero..., serías mi Idu.

Richard Grey sonrió ante la ingenuidad del joven tafella, quien le tomaba también por un ser extraordinario, poseedor de poderes mágicos, sin poder llegar a comprender que su poderío se reducía únicamente al acierto del general Bronston al incluir los fusiles de rayos láser en el equipo de los astronautas del Venus VII, No obstante, antes de tomar una determinación, le preguntó:

— ¿Por qué me atacaste si sabías que yo era un Idu?

— En aquellos momentos no lo pensé; únicamente vi en ti a un enemigo y si lo hice no fue para matarte, sino para que tú no me mataras a mí.

— El instinto de conservación.

— ¿Cómo?

— Que comprendo tus razones.

— Entonces ¿accedes a que te acompañe? — preguntó con manifiesta esperanza el tafella.

— Bien, te llevaré.

Horas después, dos hombres avanzaban silenciosos por la zona rocosa límite del territorio de los keles, agobiados con el peso que transportaban. De pronto, uno de ellos, al observar la dirección que tomaba el otro, se detuvo y exclamó:

— ¡ Idu, no podemos seguir adelante: es la montaña prohibida!

La misma consigna, el mismo temor en los miembros de todas las tribus que poblaban el asteroide.

— Ya lo sé, es la montaña de la enfermedad, y en ella, precisamente, tengo mi cabaña. Pero no te asustes, mientras estés conmigo no te ocurrirá nada.

— ¿También tienes poder sobre ella? — preguntó el tafella con los ojos desorbitados por el asombro.

— Sí — replicó, Richard divertido ante la creciente admiración de su improvisado compañero.

Y para demostrar la veracidad de sus palabras e infundir valor al atemorizado tafella, Richard Grey prosiguió la cansina marcha.

No habían avanzado más de quinientos metros, y cuando llegaban ya al pie de la montaña prohibida, Richard escuchó un ruido semejante al de un fuerte aleteo y un grito ronco y horrorizado que lo llamaba:

— ¡Idu!

La angustia de la única palabra, en cuyo tono se advertía una llamada de socorro, hizo que Richard actuara con rapidez inverosímil. Dejó caer la pesada carga, descolgó de su hombro el fusil de rayos y, a la vez que se volvía de cara al tafella, se lo colocó en posición de disparo. En el mismo instante, vio que un ave monstruosa descendía vertiginosamente sobre ellos.

Instintivamente, Richard elevó el grueso cañón de su arma, y cuando vio una masa obscura en el retículo del teleobjetivo, presionó el disparador. Los efectos de la energía del láser fueron instantáneos, pues la mayor parte de una de las membranas que se extendían entre las patas, a modo de enormes alas, quedó separada de la espantosa criatura voladora originando su fulminante caída. Pero ya derribada,

aún continuaba debatiéndose, abriendo y cerrando las poderosas y alargadas mandíbulas provistas de afilados dientes que, al chocar, producían escalofriantes crujidos, hasta que la segunda descarga acabó definitivamente con su vida.

Richard alzó la mirada al cielo y al no ver más de aquellos horripilantes seres alados, se aproximó a él impulsado por su interés científico. No pudo por menos que exclamar al observar al animal:

— Es una pteranodón con una envergadura no inferior a los seis metros! ¡Qué grandes descubrimientos científicos si algún día llega una cosmonave de rescate!»

Todavía continuaba ensimismado en la observación del reptil volador, cuando fue sacado de su abstracción por la pregunta respetuosa del tafella, que, al resultarle ininteligibles las palabras de Richard, confundió el significado de lo que sólo había sido un pensamiento expresado en voz alta.

— ¿Has concluido tus oraciones, Idu?

— Sí. He terminado.

—Cada vez te estoy más agradecido por haberme permitido que te acompañara. Es la primera kiuva que veo matar, ...pero lo más importante para mí es que has vuelto a salvarme la vida,

— Gracias a que me advertiste a tiempo, porque...

— Lo sé, Idu, si el poder de tu arco no le hubiera disparado las flechas mágicas tan aprisa — lo interrumpió el tafella sin poder evitar un estremecimiento—, me habría devorado. De nada habrían servido mi lanza o mi cuchillo contra ella.

— Continuemos la marcha, Loto, pues el olor de la sangre del catrón puede atraer a otras bestias.

* * *

Los meses de invierno se hacían interminables y durante su transcurso fueron muchos los días en que Richard y su amigo tafella, por la inclemencia del tiempo, se vieron obligados a permanecer en el interior del cobijo que construyera el hombre terrestre aprovechando los restos de lo que fuera un adelantado ingenio espacial y cuyas oquedades había cerrado con una gruesa pared a fin de paliar las rigurosidades de la fría estación.

Desde hacía varias horas llovía incesantemente. Richard, sentado

con la espalda apoyada en el duro metal de uno de los laterales de la cosmonave, con las piernas extendidas y la cabeza inclinada sobre el pecho como si dormitara, tenía el pensamiento puesto en el poblado que abandonara cuatro meses antes. Todos sus penosos recuerdos estaban concentrados en una mujer cuya imagen permanecía imborrable en su memoria. Entretanto, el tafella, con el asombro que todavía le perduraba de poder observar el exterior a través de uno de los ventanales de la nave, contemplaba como las gotas de agua se deslizaban por la superficie transparente del material sintético que aún se conservaba intacto.

— ¡ Lofo! — llamó Richard al joven que durante aquellos meses se había comportado como un fiel servidor.

— ¿Qué quieres, Idu?

— He decidido regresar con los carios tan pronto cesen las lluvias.

— ¿Estás disgustado conmigo?

— No, Lofo, has sido un gran compañero y te aprecio como a un buen hermano.

— Quedémonos, pues aquí. Hay caza, fruta abundante, agua... — argumentó el tafella en un intento de convencer a Richard.

— No puedo resistir ya más esta soledad. He de volver al pueblo cario.

— Yo creía que estabas a gusto conmigo — contestó tristemente Lofo, que desconocía las verdaderas causas que impulsaban a Richard a tomar tal decisión.

— Y no te equivocas. Tu compañía me ha sido muy beneficiosa, pues sin ti, durante estos meses, me hubiera sentido muy solo.

El tafella no replicó. Se acercó nuevamente al ventanal de la nave y continuó observando la lluvia pertinaz. Luego, volvió el rostro hacia Richard y con evidente pesar manifestó:

— Jamás pensé que algún día tendríamos que separarnos.

La congoja, la fraternal y sincera amistad del joven tafella impresionó profundamente a Richard, quien, al observarle los ojos empañados como si estuviera a punto de llorar, siguiendo el curso de su repentina determinación le preguntó:

— ¿Te atreverías a seguirme hasta el poblado cario?

— Iré a cualquier parte que quieras llevarme, eres mi Idu y a tu lado no temo a nadie — contestó con firmeza Lofo.

— Procuraré que seas bien recibido; si no lo eres, te prometo que lucharé por ti para que puedas regresar salvo a tu pueblo.

— No lo hagas, Idu, si estoy junto a ti, no me importa que mis enemigos, los carios, me maten.

—No lo harán, descuida.

* * *

La expectación en el poblado cario fue extraordinaria, pues la noticia había corrido como un reguero de pólvora. Los habitantes salían para observar el paso de los dos hombres recién llegados. Por primera vez, desde hacía tantos años que nadie recordaba un hecho igual, un miembro de la tribu de los tafellas, sus más acérrimos enemigos, entraba libremente en el poblado con su lanza en la diestra y su largo cuchillo pendiente de la cintura, ajeno a las miradas que iban desde la simple curiosidad al odio más enconado.

Súbitamente, una mujer bellísima apareció delante de ellos, dio un grito de inefable alegría y, corriendo velozmente, llegó hasta el joven de tez morena y le echó los brazos al cuello, besándolo una y otra vez mientras gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

— ¡ Idu! ¡ Idu! — repetía incesantemente.

— ¡Tavaha! ¡Mi Tavaha!

Pasada la efusión del encuentro de la pareja, Richard señaló al sonriente tafella a Tavaha y dijo:

— Ése es Lofo, mi hermano tafella.

Indudablemente, la mirada de Tavaha fue la única que mostró simpatía hacia el enemigo de su pueblo.

— Si eres hermano de mi hombre, también lo eres mío.

— Igual te digo, mujer de Idu — contestó Lofo con admirable serenidad, a pesar del tenso ambiente que los rodeaba.

Después, Richard tomó a Tavaha por el talle y, seguido a pocos pasos de distancia de Lofo, se encaminó hacia la casa que construyera para ellos en el poblado cario, sin que, extrañamente, ninguno de cuantos los miraban le dirigiera ninguna palabra de salutación.

Todavía no había transcurrido una hora desde su llegada a la cabaña que ocupaba, cuando fue apartada la piel que cubría la entrada a modo de puerta y apareció la cabeza de un hombre.

— Estoy contento de tu regreso, Idu — declaró el visitante.

— ¡ Hola, Guio! Pasa, pasa — pero al ver en su rostro una ligera inquietud, preguntó seguidamente —: ¿Qué te ocurre? Pareces preocupado.

— Tanam desea hablarte.

— Ya pensaba ir a visitarlo.

— Te espera ahora.

— Bien, vamos allá — y dirigiéndose al tafella, añadió—: Lofo, ven conmigo.

Tan pronto como llegaron a lo que constituía la plaza del poblado, Richard se detuvo sorprendido: formando un amplio círculo y sentados en el suelo se había congregado la mayoría del pueblo cario.

— ¿Qué pasa, Guio? — preguntó al joven cario.

— Tanam ha convocado una asamblea.

— ¿A causa de haber traído conmigo a un tafella? — inquirió Richard, creyendo adivinar el motivo de aquella reunión pública.

— Creo que sí.

— No te separes de mí, Lofo, nada va a ocurrirte. El jefe de los carios es un hombre muy comprensible y justo.

—No temo por mí, Idu, sino por ti — manifestó con tal sinceridad el tafella que inadvertidamente tuvo en Guio a un nuevo compañero.

Con el cuerpo erguido, la cabeza alta y la mirada serena, Richard Grey atravesó el círculo formado por los asistentes a la asamblea y, con paso mesurado, se aproximó al imposibilitado Tanam.

— Hubiera preferido saludarte en tu propia casa,

Tanam — dijo Richard alzando la voz en la que se advertía un leve reproche que no pasó desapercibido al jefe cario.

— Y yo también, pero las circunstancias me han aconsejado tomar estas medidas — replicó Tanam de igual forma, fin de que los concurrentes pudieran escuchar el diálogo.

— Puedes comenzar cuando quieras. Responderé a cuantas preguntas me formules.

— En primer lugar has de saber que yo, personalmente, me he alegrado de tu regreso y opino que habrás tenido tus buenas razones para traer contigo a un individuo de la tribu de los tafellas, pero no soy todo el pueblo y a algunos no les parece bien su presencia.

— Tanam, tú ya conoces las causas de mi marcha. Ese tafella, durante los meses de invierno, ha sido un compañero inseparable que me ha ayudado a soportar mi soledad. Te diré más, cuando decidí regresar junto a mi esposa Tavaha, él, aún sabiendo el riesgo que corría, no quiso separarse de mí. Sinceramente, creí que tal prueba de fidelidad haría que vieras en él a un amigo.

Súbitamente, un hombre, de aspecto fornido y de una edad aproximada a la de Richard, se levantó y acercó al jefe de la tribu. Según la costumbre establecida, quería tomar parte en la conversación.

— Habla, Ubio — autorizó el jefe cario.

— Tanam, todos hemos escuchado los motivos que han inducido a Idu a traer a un tafella a nuestro poblado. A muchos de nosotros no nos parece razonable que el mero hecho de que un tafella haya convivido con él, sea causa suficiente para traicionar al pueblo que le dispensó una acogida benevolente y lo consideró, después, como si fuera uno de nosotros.

— Tanam — replicó Richard —, si tu opinas que he traicionado a tu pueblo, estoy dispuesto a marcharme de nuevo y para siempre, porque si Tavaha quiere seguirme esta vez me la llevaré.

— Ubia, ¿por qué hablas de traición? — preguntó Tanam.

— ¿Por dónde llegaron a nuestro poblado? Bajando desde la montaña de la enfermedad, único camino accesible y que nuestros enemigos jamás han utilizado. ¿Quién puede asegurarte que ahora no serán muchos quienes lo hagan siguiendo su ejemplo? Nuestro territorio no podrá tener ya la garantía de ser inaccesible a los tafellas y estar a salvo de cualquier ataque.

— Las palabras de Ubio no carecen de fundamento. ¿Qué puedes responder al respecto?

—Hasta ahora nadie se ha atrevido a utilizar tal senda sin mi compañía y dudo mucho que tanto los carios como los tafellas se aventuren a hacerlo sin mí. Tú sabes bien que yo jamás conduciré a una expedición de guerra contra tu pueblo y que, por tanto, el paso de la montaña prohibida nunca será usado por los tafellas. Para convencerte de mis palabras, pido que Ubio, valiente guerrero de tu tribu, vaya, con cuantos quieran acompañarle, a mi cabaña situada en la cumbre de la montaña de la enfermedad y traiga como prueba alguno de los objetos que dejé allí.

Richard comprendió que los razonamientos de Ubio podían influir notoriamente contra él y por ello jugó una baza temeraria. Había

lanzado un reto de cuyo resultado dependía fuera o no tomada en consideración la acusación que se le había hecho públicamente.

Pero Richard, al juzgar acertadamente el temor supersticioso de aquellas mentes primitivas, consiguió el triunfo cuando Ubio replicó:

— Yo siempre respetaré las leyes impuestas por nuestros antepasados.

—Tanam — dijo entonces Richard, como si no hubiera oído la respuesta de Ubio que le proporcionaba una momentánea victoria dialéctica—, durante estos meses de soledad he meditado mucho y algunas veces me he preguntado: Si los keles, los tafellas, los carios y las otras tribus más reducidas que habitan este mundo tienen un mismo origen, ¿por qué no vivir como hermanos en vez de como enemigos? Si estás dispuesto a emprender una etapa de progreso para el mejor bienestar de tu pueblo, ¿por qué malgastar tiempo y vidas en una lucha continua de años y más años? ¿Por qué combatir por la caza cuando es más fácil repartirla? ¿Por qué no aunar los esfuerzos de todas las tribus procurando una paz verdadera y duradera e iniciar todos juntos el retorno a la gran civilización de los primeros seres de quienes todas las tribus sois descendientes y que llegaron, al igual que yo, como sabes bien, por una avería en sus... barcos de hierro voladores? Te ruego que medites en mis palabras, consulta con tu pueblo y, si aceptas mi proposición, seré yo mismo quien vaya a .conferenciar con los tafellas acompañado de las gentes de tu pueblo que designes. Mi hermano Lofo, tafella, me es fiel, ha escuchado cuanto he dicho, podrá explicar a los suyos nuestros deseos y ser quien se cuide de proporcionarnos la entrevista.

— Pero... — intervino Ubio.

— ¡ Calla! — interrumpió Tanam —, déjame meditar.

—Tanam — replicó de inmediato Ubio —, yo no me dejaré embaucar por las palabras de Idu. Que sean los astros quienes señalen al que dice la verdad.

Y seguidamente, el iracundo cario desenvainó su largo cuchillo y lo arrojó a los pies de Richard. Acababa de retarlo a un duelo a muerte del cual, según antiquísima creencia, saldría vencedor el protegido de los astros y, por tanto, el que tenía la razón.

El rumor que se escuchó inmediatamente después del gesto de Ubio fue sofocado por una fuerte voz al gritar:

—¡Espera, Idu!

Y acto seguido, un joven, de anchas espaldas, brazos musculosos y flexibles piernas, se acercó a los dos hombres que estaban frente al

jefe de la tribu y, sin esperar el consentimiento para intervenir, dijo clara y fuertemente:

— Tanam, todos hemos escuchado las sabias palabras de Idu y yo estoy completamente de acuerdo con él. Quiero aclarar que no es el miedo a los tafellas lo que me hace hablar así, pues todo el pueblo sabe que jamás he rehuido a una lucha contra ellos. Pero las palabras de Ubio son falsas y su desafío a Idu está inducido por el odio que siempre ha sentido hacia él. Nadie ignora que Ubio pretendía hacer de Tavaha su mujer, pero ella eligió al desconocido que la salvó y de quien se enamoró después, Ubio jamás olvidó ni perdonó que Idu se desposara con Tavaha, y hasta este momento, debido a su actitud, no he comprendido quién era y las causas que tenía el hombre que propagaba acusaciones contra él. Además, Ubio no ha procedido noblemente al retar a Idu en lucha desigual, porque Idu en las cacerías nunca ha manejado el cuchillo, siempre ha utilizado sus flechas mágicas — y dirigiéndose al cario, añadió con terrible frialdad —: ¡Ubio, seré yo quien recoja tu cuchillo!

Mas, en el momento que se agachaba, fue empujado violentamente antes de poder lograr su objetivo.

— Vato, de todo corazón agradezco tu intervención en mi favor. También te pido que perdones a tu hermano Idu por haberte empujado — dijo Richard una vez recogió del suelo el cuchillo—, pero, compréndelo, he de ser yo quien luche contra Ubio.

Vato, mostrando en sus dorados ojos una profunda y sincera amistad, se aproximó a Richard, desenvainó el cuchillo y se lo entregó a la par que decía:

— Usa el mío, Idu, úsalo sin piedad.

— Si la suerte no me es favorable, te pido por favor que cuides siempre de Tavaha.

— No será necesario porque vencerás. Sí, Idu, estoy seguro, vencerás.

Tan pronto como Vato, acompañado del apesadumbrado Lofo, que en su interior se sentía culpable del peligro que iba a correr su Idu, abandonaron el círculo donde iba a desarrollarse el singular combate, Richard lanzó lejos de sí el cuchillo de Ubio. Era la señal esperada para dar comienzo a una lucha mortal.

Ubio corrió rápidamente, asió el cuchillo y, empuñándolo fuertemente con la diestra, fue al encuentro del hombre al que tanto deseaba matar. Por fin podría vengarse del intruso que le había robado el amor de la mujer que idolatraba.

Richard había permanecido inmóvil en su sitio, mas, cuando tuvo a corta distancia a Ubio, los caños, sorprendidos, le vieron dar pequeños saltos de un lado para otro igual que si danzara, y cómo la tremenda cuchillada lanzada por el cario no alcanzaba su antagonista.

Los incomprensibles saltos de Richard, cuando brincando hacia un lado esquivó otra puñalada de Ubio, empezaban a dar el fruto apetecido, pues el cario, cada vez más desconcertado, empezaba a dar muestras de perder la serenidad al ver que sus repetidos ataques no podían alcanzar a su rival en continuo movimiento.

De pronto Richard, separado unos metros de su enemigo, cesó en su baile con la mirada fija en Ubio, quien, al pretender aprovechar aquella oportunidad, cometió la torpeza esperada por el hombre terrestre de correr hacia él con el brazo que empuñaba el cuchillo levantado. Richard lo aguardó y, cuando el machete de Ubio descendía con fuerza, inclinó rápidamente el torso hacia la izquierda, al propio tiempo que lanzaba violentamente la mano armada hacia delante. La única puñalada del hombre terrestre fue definitiva en la contienda, pues el cuchillo de Vato se introdujo hasta la empuñadura en el vientre de Ubio, quien, emitiendo un estentóreo gemido, caminó tambaleándose unos pasos hasta caer inerte al suelo.

Una vez más la astucia había vencido a la fuerza.

Después, Richard, encarándose con la silenciosa multitud que había presenciado el insólito desarrollo del combate, gritó:

— Estoy dispuesto a continuar luchando con cualquiera que lo desee.

— No, Idu, nadie lo hará — dijo Tanam—, los astros han dicho que eres tú quien tiene razón. Por ello, seguiré tu consejo y, junto con los jefes de familia, estudiaré la posibilidad de establecer la paz con los tafellas — y luego, alzando la voz, para dirigirse a los concurrentes a la extraña asamblea, preguntó —: ¿Hay alguien más que quiera hacer uso de la palabra?

El silencio absoluto fue la contestación.

CAPÍTULO VII

Si bien la colaboración pretendida por Richard Grey entre todas las tribus que poblaban el asteroide aún no se había realizado, se había conseguido, al menos, una tregua duradera, puesto que los carios y los tafellas, aunque en grupos separados todavía, cazaban en las mismas selvas sin que al encontrarse se atacaran ferozmente como hicieran antes.

Los días, los meses y las estaciones del año se sucedieron sin que el hombre terrestre, que llegara un día lejano al diminuto astro, tuviera noción exacta del tiempo transcurrido. Sólo sabía que habían pasado años, pero ¿cuántos? Lo ignoraba.

La mañana era calurosa, y Richard Grey, adaptado al ambiente que los increíbles azares de la vida le hacían llevar, mientras se entretenía pescando percibía el olor de la grasa de catrón con que se había untado Lofo, sentado junto a él, para proteger su delicada piel de los ardorosos rayos del sol.

— Idu, un cario viene corriendo hacia aquí — dijo de pronto Lofo al vislumbrar a un hombre que se dirigía hacia ellos.

Poco después, el cario se reunió con ellos y, con visibles muestras de agitación, pronunció unas palabras que impresionaron vivamente a Richard Grey:

— Idu, un barco volador ha pasado por encima de nuestro pueblo.

— ¡ No es posible!

— Sí, Idu, lo hemos visto muchos — afirmó todavía jadeante el cario.

Richard se levantó prestamente y al estar de pie notó que las piernas le flaqueaban y el corazón le latía con tal violencia que parecía querer salírsele del pecho. ¿Había llegado, por fin, la cosmonave de rescate al asteroide desconocido? ¿Se convertiría en realidad el sueño acariciado tantas veces de no morir sin antes volver a encontrarse con sus semejantes terrestres?

— ¿No os habréis confundido, Vato? — preguntó luego, con voz entrecortada por la emoción, ante el temor de que la dicha que experimentaba se convirtiera en una quimera.

— No, Idu, tengo la certeza de que era uno de esos barcos voladores en que viniste tú y de los que tantas veces nos has hablado.

Richard dudaba. ¿Era posible que Vato pudiera identificar a una cosmonave sólo por las deficientes explicaciones que de aquellas ingeniosas máquinas les hiciera en alguna que otra ocasión?

— ¿No sería una kiuva u otro animal volador?

—Sabes que soy buen cazador y que no envidio la vista a nadie. Te aseguro, Idu, que no me engaño, aquella cosa no tenía alas y relucía como un pequeño sol. Los animales voladores son muy distintos —afirmó Vato con energía.

Richard, de modo inconsciente, haciendo visera con la mano, levantó inmediatamente la mirada hacia el cielo en busca de la tan esperada astronave. Al ver su acción, Vato, puntualizó:

— Ha volado hacia la montaña de la enfermedad y después ya no la hemos vuelto a ver.

—Vosotros regresad al poblado y decidles a todos que no se asusten. Yo regresaré, si es cierta tu suposición, en compañía de otros Idus.

Y antes de que Lofo o Vato pudieran replicar, Richard emprendió veloz carrera en dirección al lugar donde suponía el cario que la cosmonave se había posado.

Al llegar a la cima, sin ni siquiera darse cuenta de lo fatigado que estaba por la ininterrumpida y rápida marcha, quedó paralizado por la visión que se ofrecía a sus ojos: próxima a los restos de la cosmonave que habilitara como vivienda y posada sobre cuatro soportes metálicos, había una brillante nave espacial de contextura semejante al fuselaje de un avión. La alegría que experimentó dio prodigiosa fuerza a su cuerpo y corrió los centenares de metros que lo separaban de la misma, agitando el brazo para saludar a los posibles cosmonautas que la tripulaban.

Entretanto, en el interior de la cosmonave, cuatro hombres observaban cómo Richard corría velozmente el trecho que lo separaba de ella.

— Mira, profesor, un salvaje viene corriendo.

Un hombre situado en el fondo del compartimiento dejó de estudiar los datos facilitados por las computadoras y se aproximó al grupo para observar con atención los gestos que hacía un joven fornido, vestido con pieles de animal, abundante cabellera negra y rostro barbudo.

— Ese hombre no está ni asombrado ni asustado, incluso diría que parece saludarnos.

— Ahora está hablándonos — manifestó otro de los tripulantes.

—¿Nos tomará por seres sobrenaturales?—comentó el primero que anunciara la presencia de Richard.

— No — aseveró el astronauta al que llamaran profesor—, ese hombre está familiarizado con las naves espaciales. Observad sus ademanes, ahora quiere indicarnos que descendamos.

— ¿Puede ser un superviviente de la cosmonave destruida?

— No me parece probable; tiene un aspecto físico de constitución semejante a la nuestra y, de ser cierta tu hipótesis, contaría con más de quinientos años de vida a tenor de la antigüedad señalada por la computadora con respecto a los restos de la que sería, en tal caso, su nave.

— Observa su reacción actual, profesor, da la impresión de que se está impacientando.

— Abre la escotilla de la derecha — ordenó el profesor.

— Pero ¿y si sube?

—Confirmará mi suposición de que los vehículos espaciales no le son desconocidos.

— ¿Y si realmente fuera un salvaje?

— Las computadoras están accionadas y si es un salvaje, como suponéis, cuando vea los destellos multicolores de las lámparas huirá todavía más aprisa de lo que ha venido. No obstante, estaremos prevenidos.

Acto seguido, uno de los tripulantes apretó un pulsador del panel de instrumentos e inmediatamente una porción lateral de la nave se adentró en el interior deslizándose suave y silenciosamente hacia un lado, a la par que, automáticamente, debajo de la abertura se desplegaba una escalerilla de acceso.

El hombre del exterior no titubeó ni un instante, de tres zancadas alcanzó la escalera y penetró decidido en la cosmonave que, durante el corto intervalo de la conversación de los tripulantes, tanto deseó visitar.

— Soy el teniente Richard Grey — dijo en inglés con manifiesto alborozo—, el tercer tripulante de la cápsula Venus VII que...

Súbitamente se interrumpió. Por el color de la piel, cabellos y ojos de los cinco hombres que lo miraban fijamente comprendió que no eran americanos, rusos y ni siquiera terrestres. Los señaló con el índice al propio tiempo que indicaba:

— Vosotros tres sois de la raza de los carios o de los keles, y vosotros dos tafellas.

El asombro reflejado en el rostro de los cosmonautas fue patente. Habían comprendido parcialmente las últimas palabras pronunciadas por el visitante.

El primero en rehacerse de la sorpresa fue el profesor, quien todavía con muestras de desconcierto preguntó:

— ¿Cómo es posible que hables nuestro idioma, aunque lo hagas de una forma antigua?

— Lo aprendí de las gentes que habitan este diminuto astro. Son descendientes del mismo pueblo que vosotros.

Fue tanto el estupor de sus oyentes que Richard no pudo evitar una sonrisa. Aquellos individuos, pese a su avanzada civilización, dejaban al descubierto sus reacciones emotivas.

— Me doy perfecta cuenta de que mis palabras, por lo increíble que parecen, os han turbado muchísimo. Os explicaré las razones en que me fundo para hacer tal afirmación y tal vez os descubra unos hechos acaecidos en vuestro mundo hace muchos años y que, por lo que veo, desconocéis.

Poco a poco, los tripulantes de la cosmonave fueron recobrando la serenidad convirtiéndose la extrañeza en curiosidad. El primero en hablar fue el que aparentaba más edad y que, a no dudar, era el jefe de la nave.

—A pesar de tu aspecto, por tus razonamientos y comportamiento deduzco que eres hombre con un grado de conocimientos científicos a nivel de los nuestros. ¿Me equivoco?

— En parte, no. Y también llegue a este astro en una cápsula espacial, si bien la vuestra me parece más perfecta.

— Perteneces a una raza humana distinta de la nuestra. ¿Son aquellos, acaso, los restos de tu nave? — preguntó con manifiesto interés el profesor.

— No — denegó sonriendo de nuevo, para añadir seguidamente —: Será mejor, para vuestra comprensión, que empiece mi explicación desde el principio.

Y a continuación, narró la extraordinaria y prolongada aventura que había vivido, al término de la cual el profesor, que parecía ser el único en hacer uso de la palabra, más que preguntar, afirmó:

— Y creíste que nuestro vehículo espacial era uno de tu planeta

que al fin te había podido localizar.

— Así es, y, francamente, si mis compañeros pudieron regresar a la Tierra, no me explico cómo todavía no lo han hecho.

— A tu nave debió de ocurrir le lo mismo que a la lanzada por nosotros en los inicios de la exploración del cosmos; se perdió en la inmensidad del espacio. Pero no te preocupes — añadió al ver el rostro compungido de Richard, que pensaba en el trágico destino de sus compañeros del Venus VII, el teniente coronel O'Sullivan y el mayor Connors —, en poco tiempo te llevaremos a tu planeta. Para que pueda hacer un cálculo, dime, ¿qué unidad de velocidad usáis para vuestros estudios?

—La luz, consideramos que se traslada por el espacio en línea recta a una velocidad aproximada de lo que para nosotros son 300000 kilómetros por segundo.

El civilizado cario regresó de nuevo junto a sus computadoras. Pulsó unas teclas y a los pocos instantes tuvo el resultado:

— En poco más o menos de mil segundos, te dejaremos en tu planeta.

«¿A qué velocidad debía desplazarse aquella nave para recorrer en un tiempo de quince a veinte minutos una distancia de tantos miles de kilómetros?», se preguntó maravillado Richard, después de un rápido cálculo mental.

Luego inquirió:

— Y con respecto a esas pobres gentes de vuestra raza, que pensáis hacer, ¿dejarlos abandonados a su suerte?

— De ninguna manera — replicó con energía el profesor—; serán trasladados a Taira, nuestro planeta. Allí, en pocos años, sus mentes y modo de vida cambiarán radicalmente, pasarán de su actual estado al nuestro.

— Tengo curiosidad por conocer las causas que os hicieron posar en este asteroide. ¿Puedes decírmelas?

— Por una bien sencilla; detectamos las reservas de la energía nuclear existentes en los restos de la nave construida hace tantos años y, si bien hace mucho tiempo que ya no la usamos como fuente de propulsión, al observar las rústicas viviendas y los atuendos de los pobladores comprendimos que tales circunstancias no conjugaban. Quisimos averiguar los motivos, que, con toda probabilidad, tú ya nos has aclarado.

* * *

Tres hombres, distintos entre sí, cómodamente sentados en los sillones de una nave espacial se hallaban en animada conversación.

—Tanam, unos días más y ya estaréis todos en Taira, la tierra de vuestros antepasados. Después de tantos años, se habrán terminado las penalidades en este inhóspito astro de un buen número de nuestros hermanos y cuya existencia ignorábamos por completo.

— Idu tenía razón cuando dedujo, por nuestras tradiciones y los restos del barco volador, que el origen de nuestra vida no tuvo lugar aquí. Le debemos mucho, Edra, ya sabes qué gran benefactor ha sido para nosotros.

— ¿Por qué no te vienes tú también? — preguntó de súbito el profesor Edra a Richard —, todos te quieren, tus palabras siempre les han resultado sabias y si estás junto a ellos en la nueva etapa que van a iniciar, tu ayuda puede influir mucho para acelerar su progreso. Aquí eres considerado como un cario más y yo te garantizo que en Taira ocurrirá igual.

—Agradezco tu ofrecimiento, Edra, pero me temo que mi presencia en tu planeta no sea lo mismo. No es que dude de vuestra buena acogida, pero si bien aquí, debido a su, digamos, retroceso intelectual, era tenido únicamente como un Idu, en Taira sería diferente. Sólo verían en mí a un hombre procedente de otro sistema solar y sería objeto de una continua curiosidad como si contemplaran a un bicho raro.

— Comprendo tus razonamientos; no obstante, sigo afirmando que nadie te molestará, serás bien recibido.

— Gracias, Edra, pero prefiero aceptar el ofrecimiento que me hiciste el día de nuestro encuentro de llevarme a la Tierra. Yo también deseo reunirme y vivir con los míos.

— ¿Y Tavaha? — inquirió el antiguo jefe cario.

La pregunta imprevista de Tanam causó a Richard el mismo efecto que una bomba que acabara de estallar a sus pies.

— ¡Vendrá conmigo!.

— ¿Y la expondrás a que sea objeto de una continua curiosidad como si contemplaran a un bicho raro? — preguntó Tanam, repitiendo textualmente la objeción anterior de Richard—. ¿Vas a arriesgarla a que viva en un ambiente que, en análogas circunstancias, no has querido para ti?

— Me has vencido con mis propios argumentos, Tanam. El amor que siento hacia ella me ha hecho comportarme como un egoísta. No quiero separarme jamás de Tavaha y, si conviene en ello, nos quedaremos en este asteroide el resto de nuestros días.

—No te ofusques, Idu — intervino Edra—, tu procedes de un mundo civilizado y sanes cuán grande es la diferencia entre vivir gozando de la tecnología nuestra al estado de primitivismo salvaje que llevaréis aquí. ¿Cuál será vuestro porvenir? ¿Dar principio a un nuevo pueblo que forzosamente ha de desenvolverse de idéntica manera a como veníais haciendo hasta ahora? Por favor, medita... ¿No te arrepentirás demasiado tarde cuando aparezca cualquier enfermedad y te encuentres impotente ante ella por falta de recursos? ¿Quién cortó la infección de Vato, tú o la ciencia de tu pueblo?

— ¡ Iré a Taira!

— No lo hagas, Idu — contestó quedamente Edra —, tus sentimientos son semejantes a los nuestros y sé que no serías feliz, añorarías a los tuyos en la primera adversidad que se te presentara.

— ¿Qué puedo hacer? ¿Separarme de Tavaha para siempre? — preguntó Richard conteniendo a duras penas un sollozo.

— El tiempo cuidará de cicatrizar tu herida.

— ¡ Jamás podré olvidar a Tavaha!

— Comparto tu dolor, Idu, porque durante el tiempo que has permanecido con nosotros te he tomado gran afecto, tanto, que sentiré nuestra separación como si fueras un hijo querido al que no volveré a ver — manifestó Tenam con emoción.

—¿Quién puede augurar cuánto sucederá mañana? — preguntó el profesor Edra, para responder inmediatamente a su propia pregunta —: ¡Nadie!

CAPÍTULO VIII

El hombre, con abundante cabellera y rostro barbudo, zapatos destrozados y andrajoso uniforme, en el que todavía se conservaban los distintivos de teniente de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, prendas que guardó cuidadosamente durante mucho tiempo con el propósito de evitar su total deterioro, caminaba despacio a primeras horas de la mañana por el borde de una autopista, observando la transformación efectuada en las carrocerías de los automóviles en los últimos años.

Mientras avanzaba, hacía ademanes a los conductores de aquellos veloces bólidos con la intención de que alguno se detuviera, sin que, debido indudablemente a su deplorable aspecto, consiguiera su objeto.

Por fin, después de muchos intentos, un coche frenó bruscamente a su altura, se abrió una portezuela delantera y del vehículo bajó un policía uniformado.

— No sospechaba que el Ejército estuviera tan falto de presupuesto para que sus miembros vistieran como tú — dijo con burla, tras haber inspeccionado detenidamente al caminante —; anda, sube.

— Gracias, agente. Por favor, ¿pueden conducirme a la base aérea más cercana?

— ¿Intentas hacerme creer que en realidad perteneces a las Fuerzas Aéreas?—preguntó el policía soltando una risotada.

— Sí, señor.

— Y, claro está, vas disfrazado en misión secreta, ¿verdad? — continuó riendo el patrullero.

— Ya sé que mi aspecto no es el más apropiado para convencerle a usted, pero, por favor, llévenme a una base militar.

— Muéstrame tus documentos.

— No llevo.

— Eres un imbécil, muchacho, el más imbécil de todos los holgazanes que jamás haya encontrado. ¿A quién pretendes engañar con esa facha?

Después, sacó unas esposas del bolsillo trasero del pantalón y, poniéndose repentinamente serio, ordenó:

— Extiende los brazos.

El hombre con aspecto de mendigo titubeó un momento, pero luego siguió la indicación del policía y sus muñecas quedaron pronto unidas por unos brazaletes de acero.

— Sube a la parte trasera — indicó el agente abriendo la portezuela; a continuación tomó asiento al lado del detenido y dijo al conductor —: ¡Adelante, Pete!

Veinte minutos después, el andrajoso individuo estaba situado frente a un hombre, en mangas de camisa y sentado detrás de una mesa de trabajo, que miró interrogativamente al detenido y a los dos policías que lo custodiaban.

— Sargenta, hemos encontrado a ese tipo en el kilómetro 142 de la carretera 126. Va indocumentado.

— Los bolsillos le abultan mucho, regístrenlo.

— Pertenezco a las Fuerzas Aéreas y exijo que se me conduzca a la base más cercana — protestó el apresado.

— Regístrenlo — repitió el sargento como si no lo hubiera oído.

Inmediatamente, los policías vaciaron los bolsillos del individuo que afirmaba ser militar y depositaron sobre la mesa varias cajitas metálicas.

— ¿Películas? — preguntó el sargento al propio tiempo que tomaba uno de los envases.

— No lo abra, todavía no han sido reveladas. Y ahora, sargento, ¿quieren conducirme ya al aeropuerto más cercano? — demandó con firmeza esta vez.

El sargento observó detenidamente el aspecto harapiento del detenido, se encogió de hombros y luego respondió:

— De acuerdo, voy a entregarlo a la Policía Militar. No quiero inmiscuirme en los asuntos del Ejército.

— Ya era hora.

— Mientras me pongo en contacto con la base aérea y vienen a por él, enciérrenlo en una celda — ordenó el sargento a los patrulleros.

—Deseo hacerle dos peticiones, sargento. Primera, que pongan nuevamente los rollos de película en mis bolsillos, y segunda, que, si le es posible, haga venir a un peluquero para que me adecente un poco.

* * *

Cuando el detenido se acomodó en el coche entre dos miembros de la Policía Militar, su aspecto había cambiado notablemente, pues, pese al deteriorado uniforme, con el pelo cortado y la barba rasurada, su rostro mostraba una serenidad impresionante.

Una hora después, el teniente coronel jefe de la base militar señaló con un gesto uno de los butacones colocados frente a su mesa escritorio y el hombre se acomodó en el mismo siguiendo la indicación.

— Bien, teniente, puede explicarse.

— Antes desearía ponerme en comunicación con determinadas personas, señor.

— ¿Quiénes? — preguntó el jefe de la base mirando fijamente a los ojos de su interlocutor.

— En primer lugar, con el general Samuel Bronston. ¿Lo conoce, usted? — preguntó el joven, intentando disimular la inquietud que sentía.

— ¿Es tan grave el asunto como para molestar la atención del general?

— No en el sentido que usted da a la palabra «grave», pero, para él, es importantísimo.

— Antes de efectuar una llamada al Pentágono, quisiera conocer más detalles. Comprenda, teniente, no se puede establecer comunicación personal con el general si no es un caso de suma importancia.

— Para el general Bronston la tiene, se lo garantizo.

El teniente coronel guardó silencio unos instantes. Sólo sabía que aquel hombre detenido por la policía iba indocumentado, afirmaba pertenecer a las Fuerzas Aéreas y que en sus bolsillos le fueron encontrados unos rollos de película. Y fue, precisamente, este último detalle lo que le hizo tomar la decisión.

— Capitán — ordenó al oficial que en un despacho contiguo y con la puerta abierta, estaba escuchando la conversación —: establezcan comunicación con el general Bronston y pásenmela aquí.

— A la orden, señor.

Instantes después, se iluminaba la pantallita del fonovisor situado en la mesa del teniente coronel a la vez que sonaba claramente una voz:

— Departamento de Defensa. Diga.

— Llamada personal con el general Bronston — indicó el teniente coronel.

— ¿Su identificación, por favor?

— Teniente coronel George Heis, jefe de la base de adiestramiento número XXVI.

— Un momento, señor.

A los pocos segundos, una voz distinta decía:

— Diga.

Al escucharla el oficial capturado por el patrullero exclamó, al propio tiempo que se levantaba rápidamente y se colocaba frente al aparato:

— ¡ Sam!

— ¡ Richard! ¡ No! ¡ Es imposible!

— ¡ Sí, Sam! ¡ Soy yo, Richard!

— ¡ Qué alegría me das, muchacho, te creíamos muerto! ¿Por qué has tardado tantos años en dar señales de vida? ¿Dónde has estado?

— Es tan increíble como largo de contar. ¿Cuándo podré verte?

—Ahora mismo—Contestó el general con patente emoción, añadiendo seguidamente —: Teniente coronel Heis, envíeme de inmediato a ese oficial en un Holle 9.

— A la orden, general.

Y mientras se preparaba el vuelo del avión supersónico, George Heis, abrochándose los botones de la guerrera, meditaba: «¿Qué misterio habrá en la vida de ese oficial, que ha impresionado tanto al general, para desear verlo con tanta urgencia?» ¡ Y pensar que la policía lo arrestó tomándolo por un vulgar delincuente!

Desde el primer momento en que los dos militares penetraron en el recinto del inmenso Pentágono, todos cuantos se cruzaban con ellos los miraban con curiosidad por lo extraño de ver a un oficial de Aviación vestido como si fuera un mendigo.

No llevarían más de dos minutos en el interior del descomunal edificio, cuando se acercó a ellos otro oficial, que, al parecer, estaba aguardando su llegada.

— ¿Teniente Richard Grey? — preguntó cortésmente.

— Sí, señor.

— Soy el mayor Blake, ayudante del general Bronston. ¿Quieren acompañarme, por favor?

Y sin más palabras, el guía los condujo por un intrincado laberinto de espaciosos pasillos hasta llegar ante una puerta sobre la que en letras doradas se leía: «General Jefe de la Defensa Aérea». Sin previo aviso, el mayor Blake abrió, al propio tiempo que decía:

— Pasen.

Inmediatamente, y cuando sólo habían dado un paso, un hombre con las insignias de general abrazó efusivamente al teniente, a la vez que exclamaba:

— ¡ Richard!

— ¡ Sam!

— Si me parece un sueño...

— Y a mí más.

Después de un prolongado abrazo, el general Bronston se dirigió a los dos oficiales que contemplaban el emotivo encuentro e indicó:

— Gracias, Heis, puede regresar a su base. Mayor, de no ser extremadamente necesario no estoy para nadie.

— A la orden, general.

Sentado cómodamente y con un largo vaso de whisky en la mano, Richard sonreía al general que, de pie frente a él, no cesaba de mirarlo.

— Sam, ¿a qué día estamos?

— A tres de julio.

— ¿De qué año?

— De 1982.

— Han pasado cerca de seis años desde el lanzamiento del Venus VII — comentó más bien para sí Richard.

— ¿O'Sullivan y Connors se salvaron también? ¿Dónde están?

— Todo cuanto sé de ellos es que intentaron el regreso a la Tierra, lo cual, según deduzco de tu pregunta, no pudieron conseguir.

— Sí, Richard, lograron que la cápsula llegara a la Tierra. Una misión de arqueólogos brasileños, hará cosa de tres años, halló casualmente, en plena selva amazónica, unos restos desperdigados que nuestros técnicos examinaron, confirmando, sin lugar a dudas, que pertenecían a la Venus VII. Pero ¿por qué dices...?

— Yo no volaba con ellos, Sam — le interrumpió Richard, al adivinar la pregunta que iba a formularle su cuñado.

— ¿Cómo?

—Voy a explicártelo, pero antes siéntate y toma un trago porque presiento que vas a necesitarlo.

Y seguidamente, Richard Grey narró la extraordinaria aventura vivida desde su llegada al asteroide desconocido hasta su regreso a la Tierra en una de las naves espaciales de Tos avanzados habitantes de un lejano planeta llamado Taira.

Sam Bronston no interrumpió a Richard en su narración, pero, a medida que iba escuchándolo, en su mente iba acrecentándose la idea de que su cuñado había perdido la razón. Incomprensiblemente, se había salvado por milagro de la catástrofe de la Venus VII y convivido, después, con una tribu salvaje de las que todavía existían en la región del Amazonas; posiblemente eran ciertos sus esponsales con la mujer a la que llamaba Tavaha... pero la parte de la historia correspondiente a la existencia de los monstruosos animales antediluvianos, la de un asteroide situado entre Venus y la Tierra y la llegada providencial de una nave espacial de otro sistema solar, no eran sino fruto de la imaginación desequilibrada del joven que creía reales unos hechos forjados en su cerebro enfermo.

El general, ahora, estaba anonadado. La trágica odisea había perturbado las prodigiosas facultades mentales de su cuñado Richard.

— ¿No te parece increíble, Sam? — preguntó entusiasmado Richard cuando, finalizada su exposición, el general, absorto en sus pensamientos, no hizo comentario alguno.

— Sí, Richard, parece un sueño — contestó su cuñado con marcada ironía que pasó inadvertida al joven.

— Que para mí se convertirá en interminable pesadilla porque jamás podré olvidar a Tavaha — replicó Richard, pasando rápidamente de la euforia a un manifiesto estado depresivo.

— ¿Tan hermosa era? — preguntó el general, intentando hasta dónde llegaba la cordura y empezaba la locura de su cuñado.

— Podrás comprobarlo tú mismo. Haz revelar estas películas y podrás ser el primero en tener la fortuna de contemplar a seres humanos extraterrestres, físicamente perfectos, junto a la inconcebible existencia de aterradores reptiles del período cretácico.

El general arrebató materialmente las cajas de las manos de Richard impulsado por una súbita esperanza: Si había efectuado

filmaciones, tal vez podrían ser útiles para la recuperación del joven, pues tenía la certeza de que aquejaba una dolencia psíquica. Pulsó el intercomunicador y llamó:

— ¡ Blake, venga de inmediato!

Instantes después, el oficial entraba en el despacho de su jefe.

— Mayor, procure que estas películas sean reveladas al instante.

— Sí señor.

Entretanto, Richard no cesaba de explicar al general, con más minuciosidad, algunos de los episodios de los que fue protagonista en el asteroide misterioso.

Cuando un hombre, ataviado con bata blanca, entró en el despacho en compañía de Blake, el general, al mirarle el rostro, comprendió que sucedía algo anormal con las películas, ¿Sería verdad cuanto le contara Richard?

—¿Qué ocurre? — preguntó excitado.

— Lo siento, señor, pero, pese al cuidado con que hemos tratado las películas no hemos podido lograr nada positivo. En el laboratorio hemos comprobado que estos rollos fueron fabricados hace siete años y, al no haber sido revelados dentro del margen de caducidad, se han deteriorado. Únicamente pueden observarse algunas manchas con intenso predominio del color verde como si se tratara de una tupida vegetación.

—Gracias, pueden retirarse.

Por el mismo motivo, pero paradójicamente por causas distintas, dos hombres estaban decepcionados. Para Richard Grey, el tiempo había realizado su obra destructora y ya no tendría, para su consuelo, las imágenes de Tavaha, de los carios que lo llamaban hermano, a la vez que la ciencia no podría utilizar para su provecho las escenas que captó con su cámara y que serían el mejor documento gráfico relativo al desarrollo de una vida semejante a la que transcurrió en la Tierra hacía millones de años. Para el general Bronston significaba la pérdida de la posibilidad de localizar los parajes donde Richard estuviera durante seis años para localizar aquellas gentes primitivas con las que convivió.

— Lamento lo sucedido con las películas, Richard. Se os proveyó de material normal porque ninguno de los que por aquel entonces estábamos al frente del proyecto pudimos sospechar, ni por un momento, que la Venus VII no llegaría a cumplir su cometido.

Como Richard permaneciera ensimismado y no replicara, el

general, dando curso a sus pensamientos, preguntó:

— Richard, ¿has contado a alguien cuanto te ocurrió desde tu llegada al planetoide?

— No, tú has sido el único.

— Estoy pensando si, por el momento, no sería conveniente mantenerlo en secreto. Tal vez causaría demasiado impacto hacer públicas tales revelaciones.

— Haré lo que digas, Sam, pero ten presente que mi regreso no podrás mantenerlo oculto mucho tiempo ; tarde o temprano, habrás de dar cuenta de él.

— No es ésa mi intención; únicamente pretendo no hacer público lo del asteroide. ¿Por qué no decir, por ejemplo, que durante estos seis años estuviste perdido en las selvas amazónicas?

El joven tampoco respondió, pues advirtiendo en el tono de su cuñado una manifiesta suavidad, como si estuviera hablando con un niño, optó por dejar que continuara exponiendo su idea.

— Llamaré a Ethel para comunicarle tu posible regreso a fin de prepararla y así evitar que sufra una impresión demasiado fuerte si te ve súbitamente; luego nos iremos a casa. Después, será necesario que te sometas a un reconocimiento médico,

— Internado en un hospital militar, ¿verdad?

—Es la rutina.

— Sam, tú y yo nos conocemos bien; por tanto, puedes hablarme con entera franqueza.

— No te comprendo, Richard.

— Sí, me entiendes tan bien como yo a ti. Crees que soy un visionario, por no decir un loco.

—¡Richard, por favor!

— No intentes disculparte, Sam; yo, en tu lugar, tendría la misma opinión. Puedes comunicar tus sospechas al médico a quien de antemano has pensado mandarme, me someteré a cuantos reconocimientos quiera hacerme y si te sirve de tranquilidad te diré, además, que estoy de acuerdo en explicar tu versión de mi pérdida en las selvas brasileñas. Pero ten presente que cuando otras naves espaciales comprueben la existencia del asteroide misterioso, entonces te darás cuenta de que únicamente te he contado la verdad, la verdad de una increíble realidad.

— ¡ Pero, Richard, el asteroide de tu historia habría sido descubierto hace muchísimos años; a tal proximidad no existen,, secretos para los astrónomos! — manifestó el general, impresionado por la serenidad y el tono veraz del joven.

— Precisamente aquí radica mi pregunta, Sam. ¿Cuál es el misterio que encierra su desconocimiento?

CAPÍTULO IX

Durante muchos días, la sensacional noticia del hallazgo de un superviviente del único y frustrado intento de colocar una cápsula espacial tripulada en el planeta Venus acaparó la atención de los diversos medios de difusión de toda la Tierra. Pero, igual que ocurre siempre, con el transcurso del tiempo el suceso fue perdiendo interés y a los dos años de los hechos sólo los interesados en el tema de las grandes aventuras espaciales recordaban la parte de la vida de Richard Grey como astronauta y la falsa versión de su convivencia con una tribu salvaje en una ignota selva brasileña.

Retirado nuevamente del servicio activo, y sin problemas económicos debido a la pequeña fortuna con que el Ejército le retribuyera al abonarle todas las pagas atrasadas correspondientes a sus años de ausencia de la Tierra, Richard Grey dedicó todo su tiempo a escribir un libro acerca de las peculiaridades de la fauna y flora que existiera en la Tierra hacía millones de años, basado en las observaciones reales que de las mismas o muy semejantes hiciera en el planetoide. Pero ni siquiera el éxito de la publicación le hizo cambiar de carácter, pues en su rostro siempre podía verse la misma gravedad, idéntica mirada melancólica y en su persona el aislamiento del ambiente que lo rodeaba.

El hombre, relativamente joven pese a los cabellos blancos que poblaban sus sienes, andaba distraído por la acera de una de las amplias calles de la ciudad de Houston cuando, de pronto, las notas de una melodía italiana muy en voga le hicieron detenerse. Miró al local de donde provenía la música y, no obstante el cambio en la decoración de la fachada, recordó el lugar. Sin darse perfecta cuenta de sus actos y obrando como un autómata, penetró en el interior y se acomodó, igual que hiciera un día aciago para él, en uno de los taburetes situados en uno de los extremos del mostrador.

Mientras consumía el segundo whisky, absorto en sus recuerdos y ajeno a cuanto lo rodeaba, escuchó cerca de él una voz cuyo timbre le resultó vagamente familiar. Miró al hombre que hablaba alegremente con el camarero y, pese a mostrar también la huella de los años y tener una incipiente barriga, lo reconoció en el acto. El destino parecía haberlo encaminado hacia allí, pues a su lado se hallaba el individuo que fue el primer eslabón de la larga cadena de sus desdichas. Aquel hombre fue quien lo vapuleó en presencia de Mary, la mujer con quien pretendía casarse, y cuyas despectivas palabras, cuando la viera por última vez, fueron la causa de su inclusión como astronauta en la casi

olvidada expedición espacial de la cápsula Venus VII. Aquel hombre era el culpable de sus desdichas, el culpable de que solicitara la ayuda de su cuñado, de que viviera seis interminables años en constante peligro entre monstruosos reptiles, y, lo que no le perdonaba, el haber conocido a Tavaha con quien jamás volvería a reunirse y cuyo recuerdo le obsesionaba.

Por un momento, dominado por la ira, sintió el incontenible impulso de lanzarse sobre él para abofetearlo, pero un repentino deseo de pagarle con la misma moneda le contuvo. Aquel individuo, antes de golpearle brutalmente, se mofó de él y ahora su venganza sería comportarse de igual forma. Inconscientemente, se había convertido del pacífico científico en el terrible cario que, con sólo sus puños, venciera al fornido Lofo.

Richard Grey dejó el vaso de whisky sobre el mostrador y premeditadamente se colocó detrás del hombre que, ajeno a ello, constituía el objetivo de su cólera.

Con suavidad, tocó dos veces en la espalda de la mujer que acompañaba al hombre, y cuando ella volvió el rostro hacia él le dijo con patente insolencia:

— No sé bailar, ¿Me quieres enseñar tú, preciosidad?

La mujer dirigió a Richard una fría mirada y, sin responderle, volvió la cabeza sin prestarle atención.

Richard tocó de nuevo en la espalda de la joven, a la vez que, con sonrisa burlona, le decía:

— Acabo de hacerte una pregunta, muñeca. ¿Acaso esa linda cara no tiene lengua para contestar?

Fue entonces cuando el hombre se percató de que Richard estaba hablando con la joven sentada a su lado, al escuchar como ella contestaba en tono frío:

— Haga el favor de no molestarme.

Y recordando unas palabras pronunciadas ocho años atrás, Richard, sin abandonar la premeditada insolencia, replicó:

— Tú te lo pierdes, preciosidad, pues no todas las chicas pueden presumir de haberme tenido como pareja.

Por fin, el plan de Richard empezaba a desarrollarse como pretendía cuando el acompañante de la joven preguntó:

— ¿Te está importunando ese tipo, Clara?

— Déjalo, Gob, no tiene importancia.

— Lamento observar, Gob, que tus modales son tan pésimos como la primera vez que te conocí — dijo Richard con socarrona sonrisa.

— ¿Cómo?—preguntó Gob desconcertado.

— Que continúas siendo tan mal educado como antes, pues cuando te refieras a una persona como yo no debes emplear palabras tan malsonantes como «ese tino», has de decir «ese señor».

— Usted está bebido. Le aconsejo que se marche o haré que lo echen de inmediato a la calle.

— ¿Qué te ocurre, Gob, has perdido tu antiguo vigor y precisas ya de la ayuda de los demás?

— Tengo la impresión de que usted está buscando pelea, amigo.

— Yo no soy tu amigo, bien lo sabes.

— Te lo suplico, Gob, no le hagas caso — intervino suplicante la mujer.

Por un instante, Richard, en consideración a la joven, tuvo la intención de abandonar su propósito, pero la animadversión hacia el hombre que consideraba responsable de los hechos que, por despecho, motivaron solicitara la inclusión como astronauta en la Venus VII le obligaron a replicar:

— No te preocupes, muñeca, el barrigudo de tu amigo se estará quietecito, no tienes más que verlo.

Las continuas ofensas de Richard acabaron con la prudente actitud de Gob. Bajó del taburete y lanzó un puñetazo al rostro de su provocador, a la par que decía, presa ya de indignación:

— Tú te lo has buscado, mequetrefe.

Richard, con la celeridad de movimientos que había ido adquiriendo su cuerpo en los años de una perenne lucha por la supervivencia en el asteroide, esquivó el golpe, al mismo tiempo que golpeaba con dureza la mejilla de su rival.

— Aunque todavía encajas bien, estás más torpe que antes.

Las reiteradas insinuaciones de Richard acerca de un pasado encuentro entre ambos hicieron que Gob olvidara momentáneamente la pelea y mirara con atención el rostro moreno-cobrizo de su antagonista, sin que, por más que se esforzara, consiguiera recordarlo,
— Con seguridad, me está confundiendo con otra persona — murmuró.

— No, Gob, me conociste precisamente en este mismo lugar. ¿No

lo recuerdas ya? No me conocías de nada y me trataste algo así...

Y acto seguido, la zurda de Richard salió disparada como un rayo y los nudillos de su mano se estrellaron con terrible potencia en el mentón de Gob derribándolo al suelo y haciéndole arrastrar en su caída dos taburetes, que provocaron gran estrépito.

De nuevo la rapidez de reflejos de Richard le hizo actuar con celeridad, pues cuando la mujer intentó arañarle las mejillas, la asió rudamente por las muñecas, mientras le decía con aterradora frialdad:

— No lo intentes otra vez, pues no quisiera olvidar que eres una mujer y tener que golpearte.

De pronto, la expectación reinante en la sala fue interrumpida por el aullido de una sirena, el brusco frenazo de un coche y la rápida entrada de dos policías uniformados en el local.

— Todo el mundo quieto. ¿Qué pasa aquí?

Las explicaciones fueron tantas y confusas, que uno de los policías, señalando a los contendientes, indicó con firmeza:

— Ustedes dos, acompáñenme a la jefatura.

Mientras el sargento tomaba nota de las declaraciones que, a las preguntas formuladas por un capitán, hacían Gob y Clara, Richard Grey permanecía silencioso observando con satisfacción los hematomas que sus puñetazos produjeran en el rostro del hombre que ocho años atrás le golpeara a él,

Pero el carácter humano es veleidoso por naturaleza y al no estar Richard excluido de tal particularidad, a medida que reflexionaba, volvía a reencontrarse a sí mismo para ser de nuevo el educado y pacífico hombre de ciencia. Por ello, tan pronto como acabaron de prestar declaración, se dirigió a la mujer y le dijo, sincera y cortésmente:

— Señora, le ruego acepte mis disculpas; ignoraba que fuera la esposa del señor Granger.

— Podía haberse enterado antes de molestarla — intervino con rudeza el capitán.

—Acepto que cometí una torpeza, señor, y estoy dispuesto a pagar la sanción que se imponga.

—Será un juez quien decida su caso; así, puede que aprenda a respetar a los ciudadanos honrados — y dirigiéndose al matrimonio, preguntó —: ¿Les importaría aguardar unos momentos para firmar la declaración?

— Haremos cuanto crea conveniente.

Luego, el capitán de policía, con la misma rudeza anterior, pidió a Richard:

— Déme sus documentos.

El paleontólogo desabrochó su bien cortada chaqueta, sacó una cartera del bolsillo interior y extrajo unos documentos que entregó al oficial, quien pulsó seguidamente un intercomunicador e indagó:

—Growet, vea si está fichado un tal Richard Grey, ex capitán de las Fuerzas Aéreas.

Tan pronto como acabó de pronunciar aquellas palabras, el sargento dejó de teclear en la máquina de escribir y, observando con atención a Richard, exclamó:

— ¡ Claro que su rostro me era conocido: usted es el cosmonauta superviviente de la catástrofe de la Venus Vil!

— ¿Qué dice, sargento?

— Es Richard Grey ,señor, el cosmonauta que estuvo perdido durante seis años en una selva del Brasil. Me acuerdo perfectamente del hecho.

— ¿Está seguro?

— Así es, capitán, puede verificarlo en el momento que lo desee — corroboró Richard.

— ¡ Pero, hombre de Dios! ¿Cómo es posible que un intelectual de tanto prestigio como usted pueda ocasionar, sin motivos, un altercado en una sala de fiestas?

— Yo se lo diré — contestó Gob ante la consiguiente extrañeza de los presentes —, pues ahora recuerdo quién es el señor Grey. Hace muchos años, y cuando yo todavía era un joven alocado, un día en que llevaba unas copas de más importuné a una señorita que acompañaba al señor Grey. Él, como era lógico, afeó mi conducta y yo le pegué. Hoy, el señor Grey, y estoy seguro de que adrede, me ha dado una gran lección para que comprenda lo necio que era yo entonces.

Y como las miradas estaban fijas en Gob, prosiguió:

—Aunque tardíamente, le pido perdón por aquello, señor Grey. Y a usted, capitán, le ruego deje sin ningún efecto mi denuncia, puesto que, al fin y al cabo, ha sido como la terminación de un juego que ha quedado en tablas: si primero gané yo la pelea, ahora ha vencido él.

CAPÍTULO X

Richard Grey, taciturno como era habitual en él desde su retorno a la Tierra, estaba finalizando su comida. Al observar, intrigado, que el más joven de los camareros que atendían el servicio del comedor del hotel donde se hospedaba pasaba reiteradamente frente a la mesa que ocupaba sin dejar de mirarlo como si pretendiera entablar conversación, le preguntó:

—¿Quieres algo de mí, David?

— Sí, señor Grey, pero usted está tan abstraído constantemente que temo molestarlo.

— Siéntate y explícame qué quieres.

— No puedo sentarme, señor Grey..., buena bronca armaría el «maitre».

— Prácticamente, el comedor está vacío, ve y dile que te lo he pedido yo porque tengo ganas de charlar con alguien.

Instantes después, y una vez retirado el servicio de la mesa, el camarero ocupó la silla situada frente a Richard.

— Bien, David, ¿en qué puedo servirte? — preguntó mientras encendía un cigarrillo.

— Usted ha sido cosmonauta y sabe mucho de estas cosas. ¿Cree que, en realidad, puedan existir naves espaciales extraterrestres?

Richard guardó silencio ante la insólita pregunta y, con rostro grave, miró fijamente al camarero a la vez que, observándole las menores reacciones ante la sospecha de que fuera un ardid, interrogó a su vez:

— ¿ Por qué lo preguntas, David?

— Por la noticia del periódico de hoy.

— No he leído nada, ¿Cuál es la noticia?

— Los pasajeros de un Seller — 3 dijeron haber visto durante unos segundos a una de esas naves.

— ¿Y tú lo crees?

— Yo sí, señor Grey, y como todos mis compañeros se burlan de mí, por eso me he atrevido a preguntarle su opinión.

Había tanta sinceridad en las palabras del camarero que disipó de

inmediato las dudas de Richard, quien le contestó formulando otra pregunta:

— ¿Qué dirías si te dijera que, efectivamente, existen naves espaciales contraídas en otros planetas habitados por seres humanos de inteligencia muy superior a la nuestra?

— ¿De verdad, señor Grey? ¿No se burla también de mí?

— No, David, no me burlo de ti. — Y recordando con profundo pesar a las astronaves procedentes del planeta Taira que transportaron a los pobladores del asteroide misterioso a la tierra de sus antepasados y lo separaron a él definitivamente de Tavaha, añadió—: Puedes tener la más completa seguridad de que sí existen.

— ¿De verdad, señor Grey? — volvió a preguntar David con manifiesto interés.

— ¿Acaso dudas de mi sinceridad?

— No, señor. ¡Se lo juro! — contestó le camarero exaltado.

Pero la noticia que le diera el muchacho en su afán de conocer la opinión de un hombre que había sido cosmonauta para reforzar su creencia, fue la causa de que Richard, pese a no querer admitirlo, tuviera la repentina esperanza de que alguna nave tairana volara sobre la Tierra. No obstante, se sintió pronto descorazonado al preguntarse a sí mismo: «Si así fuera, ¿cómo podría comunicarme con ellos? ¿Cómo me localizarían entre los millones de seres que viven en América?

Y Richard, que permanecía meditabundo, fue sacado de su abstracción por las palabras del joven camarero.

— Le ruego, me disculpe, señor Grey.

— ¿Por qué, David?

— Por haberle hecho recordar las penalidades que sufrió usted a consecuencia del lanzamiento del Venus VII.

—No te preocupes por ello, David,

— Gracias, señor Grey, ha tenido mucha paciencia conmigo.

— A cambio, voy a pedirte un favor... si te enteras de más noticias sobre esa supuesta nave extraterrestre, comunícamelo.

— Descuide, lo tendré ampliamente informado — replicó con alegría el camarero por haber hallado una persona de la categoría de Grey que compartiera sus ideas.

Era la hora de la cena del mismo día, cuando, al hacer Richard un

ademán para levantarse, el comensal que asimismo finalizaba la suya, le preguntó:

— ¿Va al salón, Grey?

— No, saldré a dar un paseo.

— ¿Y se perderá el extraordinario combate?

— Francamente, no sé de qué combate me habla.

— El del campeonato del mundo de los pesos pesados. Será televisado en directo para todo el país.

— Prefiero salir un rato.

— Hágame caso, Grey, deje su paseo para otra ocasión y acompáñeme al salón; será una velada de boxeo como no tendrá oportunidad de ver en muchos meses.

Y Richard Grey, más para complacer a su compañero de mesa que por afición a tal deporte, poco después estaba arrellanado en un cómodo butacón mirando la pantalla del aparato de televisión.

— Supongo que esta noche suprimirán aquel anuncio tan estúpido — decía uno de los asistentes a otro, sentado cerca de Richard.

— Parece que se trata de una interferencia, pues dicen que ocurre en todas las emisoras y exactamente a las mismas horas.

— Pues yo continúo opinando que se trata de una insulsa treta publicitaria.

La conversación quedó interrumpida cuando, en color e imagen tridimensional, apareció en la pantalla un primer plano del cuadrilátero donde iba a desarrollarse el esperado y extraordinario combate.

Fue durante el quinto asalto cuando se oscureció de repente la pantalla y la voz del comentarista fue sustituida por otra que hizo levantar de un brusco salto a Richard, a la vez que su rostro adquiría al momento la palidez de la cera.

—Atención, Idu, habla Edra. Si me escuchas, te ruego que acudas al mismo lugar donde te dejamos en tu planeta. Tu viejo amigo Tanam está grave y antes de morir tiene deseos de verte y hablar contigo a través de nuestros equipos de transmisión.

Richard, a pesar de los variados y fuertes denuestos de los asistentes contra la emisora, sólo escuchaba, con emoción indescriptible, la repetición de aquel increíble mensaje dirigido a él que ninguna otra persona de la Tierra podía comprender.

* * *

El hombre, desde hacía varias horas, paseaba sumamente nervioso por el mismo sitio una y otra vez, ignorando que en aquellos precisos instantes era observado desde más de quince mil metros de altura.

La astronave, guiada automáticamente por las computadoras, quedó de pronto suspendida en el espacio, gracias al sistema antigravitatorio de que iba provista.

En el interior, uno de los cinco tripulantes estaba atento a los controles de un panel, en el centro del cual había un cuadrado cristal reluciente al que no cesaba de mirar.

— Profesor, acabo de localizar a un hombre en el lugar.

— Aproxímalo — contestó aquel, acercándose al observador.

Cuando el llamado profesor observó la nítida imagen de un ser humano manifestó:

— Por fin, Idu ha recibido el mensaje. Neomi, observa con atención los alrededores y cuando todo esté solitario, avisa. Tú, Anol, cuidarás del descenso.

A los pocos minutos sonó un monosílabo pronunciado por Neomi:

— ¡Ya!

E inmediatamente, la cosmonave inició un rápido descenso vertical que, después fue aminorando paulatinamente hasta el punto de que al tomar tierra lo hizo con gran suavidad.

Richard Grey, al vislumbrar la tenue claridad blancoazulada de los ventanales de la nave, corrió hacia ella y subió velozmente por las escalerillas de acceso para penetrar en el interior.

— ¡ Edra! — fue la única palabra pronunciada por Richard.

— Sé bienvenido a esta minúscula porción de Taira, Idu.

Después de un prolongado abrazo, Richard, todavía agitado, murmuró:

— Jamás creí que algún día volveríamos a encontrarnos.

—Tampoco yo, Idu, y si ha ocurrido se debe a que nuestro gobierno ha accedido a que realizáramos tan largo viaje para satisfacer el postrer deseo de Tanam y premiar, por decirlo así, su labor humanitaria y preocupación constante, mientras fue el jefe de la tribu de los carios en el inhóspito asteroide.

— ¿Tan grave está?

— Sí, su vida se acorta a día que pasa. Padece una parálisis progresiva y ya se le oxigena la sangre artificialmente y el corazón le late merced a impulsos mecánicos...

— Profesor — interrumpió uno de los pilotos—, tres naves vuelan en dirección a nosotros.

— Toma asiento, Idu, y colócate los cinturones; hemos de aumentar la velocidad.

La astronave había despegado con tal lentitud que Richard Grey ni siquiera se había percatado de ello. Mientras ocupaba el único asiento disponible, murmuró, sin que Edra comprenderá totalmente el significado de sus palabras:

— Por la proximidad, serán aviones de la Base de Adiestramiento XXVI. ¡ Como me gustaría que vieran esta nave y Piéis informara a Sam! ¡ Me creyó loco cuando le hablé de vuestra raza y progreso!

— Anol, da la iluminación interior al máximo y procura que las tripulaciones de las naves de este planeta se cercioren de la presencia de la nuestra. Idu bien se merece que lo complazcamos.

— Ten cuidado, Edra, tal vez sean aviones de guerra— indicó Richard—, y si están asustados puede que, incluso, lleguen a disparar sus potentes armas contra nosotros.

— No te preocupes, Anol es un gran cosmonauta y aparecerá y desaparecerá tan rápidamente que los pilotos de las naves de tu pueblo ni siquiera tendrán tiempo de reaccionar.

De pronto, y como si hubiera aparecido de la nada, los aviadores de tres reactores tipo Holle vieron un extraño ingenio espacial desprovisto de alas de sustentación, que volaba a la misma altura y velocidad, llegando su asombro al máximo al ver cómo se alejaba súbitamente con terrible aceleración. Pero cuando los nervios de los tripulantes de cada avión empezaban a calmarse, de nuevo tuvieron a su altura y a sólo unos cuarenta metros de distancia a la que ya no dudaban era una nave espacial extraterrestre, convirtiéndose su asombro en aturdimiento cuando, tras realizar repetidas veces la misma maniobra, a todos ellos les pareció ver cómo antes de desaparecer definitivamente, uno de los seres de la astronave agitaba un brazo.

Un cuarto de hora después, Edra ordenó:

— Karut, ya puedes ponerte en contacto con el hospital.

— Edra — dijo inmediatamente Richard—, ¿y Tavaha?

— Está muy bien, Idu, y, al igual que todos los antiguos pobladores del asteroide donde os encontramos, durante el transcurso de estos tres años se ha adaptado a la civilización de Taira.

— Lo cual, posiblemente, haya hecho que yo sea para ella un sólo recuerdo de un horrible pasado —Contestó Richard con profunda tristeza.

— Puede que ella también sufra tanto como tú por vuestra separación, pues aún recuerdo su profundo dolor cuando supo que tú ya habías partido en una de nuestras naves hacia tu mundo.

Entretanto Richard y Edra estaban conversando, uno de los cosmonautas, sin hacer comentarios, colocó frente al hombre terrestre un instrumento semejante a una caja metálica de la que salían tres cables, los cuales conectó de inmediato a uno de los paneles adosados a uno de los laterales de la nave.

Después de una prolongada espera, se iluminó una pantalla parecida a las usadas en los aparatos de televisión terrestres, y en ella, con una perfección tan impresionante que parecía que la escena que contemplaban se desarrollaba en el interior de la nave y no a cientos de miles de kilómetros, apareció una habitación encristalada, descansando en su lecho de muerte, se veía a Tanam, tapado hasta el cuello con una sábana de color verdoso, junto a dos hombres del tipo de los tafellas, que, de pie a su lado, lo observaban atentamente.

— ¡ Idu, hijo mío! — se escuchó en la astronave exclamar al postrado con voz débil.

—¡ Tanam, querido amigo! — contestó Richard emocionado.

— Ahora ya puedo morir. Se ha cumplido mi gran deseo de poder verte por última vez.

— Tanam, no vas a morir, los médicos de Taira te sanarán — intentó animarle el hombre terrestre.

— Nada pueden hacer ya por mí, pero moriré contento porque mi pueblo, tu pueblo cario, tiene ya el progreso que tanto ansiaste para nosotros. Gracias, Idu, gracias de todo corazón — replicó Tanam visiblemente fatigado.

— Vamos a interrumpir la comunicación — dijo uno de los médicos que atendían a Tanam—, el enfermo necesita descansar.

E inmediatamente, quedó cortada la transmisión.

Y el tiempo fue transcurriendo en el interior de la nave tairana sin que ninguno de los tripulantes iniciara la conversación.

EPILOGO

En su despacho del Pentágono, el general en jefe de la Defensa Aérea de los Estados Unidos, estaba leyendo, por cuarta vez, el detallado informe remitido por la policía de Houston acerca de la desaparición de Richard Grey. Tras dejarlo sobre la mesa, pulsó el intercomunicador y demandó:

— Mayor Blake, tráigame el expediente secreto enviado recientemente por el teniente coronel Heis.

Tan pronto como le fue entregado, sacó de la carpeta unos folios mecanografiados y los leyó con suma atención. Después, abrió un sobre y miró las fotografías que contenía.

«Todo concuerda—monologó—: el lugar donde fue encontrado abandonado el coche de Richard está en la misma área donde los aviadores vieron y fotografiaron a la nave espacial».

De nuevo revisó los distintos informes y volvió a monologar:

«¡Dios mío, que necio fui al no creer a Richard! La cosmonave fotografiada es exacta a las que me describió... y yo, estúpidamente, pensé que había perdido la razón».

Y luego de una corta meditación, continuó expresando su pensamiento en voz alta:

«¿Por qué tanta premeditación por parte de los tripulantes de la cosmonave para que los aviadores la vieran tan perfectamente?»

Y acto seguido, contestó a su propia pregunta:

«¡Porque Richard estaba en ella! ¡Estoy seguro,

Richard consiguió de algún modo que vinieran a buscarlo! ¡Dios mío, presiento que jamás volveremos a verlo! ¿Y cómo se lo diré a Ethel?

* * *

El hombre, a su paso por la ciudad, contemplaba, maravillado, hecha realidad la obra que sólo había visto en proyectos creados por arquitectos diseñadores de lo que imaginaban serian las grandes urbes del futuro.

Su acompañante, mientras avanzaban, contestaba complacido a las

diversas y continuas preguntas que le hacía acerca de los pormenores de aquella maravillosa ciudad de ensueño.

— ¿Tardaremos mucho en llegar?

— Comprendo tu impaciencia. Ven, usaremos ese vehículo.

— Pero...

— Aquí no existe lo que en tu pueblo llamáis derecho a la propiedad particular. Nada es de nadie y todo es de todos — interrumpió el guía del forastero al adivinar su objeción.

Minutos después, el coche, sin ruedas visibles e impulsado por células fotoeléctricas tendidas a lo largo de las calles, se detuvo frente a uno de los aislados edificios de estructura hexagonal.

— Ha llegado el gran momento para ti. Te acompañaré.

Y el forastero, como si estuviera desprovisto de voluntad, se dejó conducir por el vasto edificio hasta llegar a una puerta de fibra de cristal, donde el guía pasó una mano por delante de lo que parecía un diminuto cristal incrustado en el dintel.

Al abrirse la puerta, una hermosa mujer miró atónita a los dos hombres, mas, de pronto, reaccionó y se lanzó sobre uno de ellos, para rodearle el cuello con los brazos, a la par que, entre sollozos y repitiendo un nombre, lo besaba apasionadamente una y otra vez.

— ¡Idu! ¡ Idu!

— ¡Tavaha! —contestaba el hombre con igual emoción devolviendo las caricias que recibía.

Pero el efusivo encuentro entre tos esposos fue interrumpido por la presencia de un robusto niño, de unos tres años, de pelo negro y tez moreno-cobriza en la que resaltaban unos grandes ojos dorados.

— ¡ Mamá! — llamó el niño, un poco asustado.

Richard Grey miró al pequeño y, como si tuviera paralizada la lengua, sólo pudo pronunciar:

— ¿Es...?

— Sí, Idu, nuestro hijo.

— El primer tairano que puede dar comienzo a una nueva variedad de nuestras razas — fue el comentario del satisfecho profesor Edra.

F I N

Últimos títulos publicados
en esta colección:

72. — DEMONIOS EN EL ASTEROIDE
73. —LOS TRES JUSTICIEROS DE MARTE
74. —El ARMA SIN LÍMITES
75. —EL ASTEROIDE MISTERIOSO

BOLSILIBROS TORAY

OESTE


ARIZONA — Publicación quincenal — 10 PTAS.


RUTAS DEL OESTE — Publicación quincenal — 10 PTAS.



SEIS TIROS — Publicación quincenal — 10 PTAS.


HURACÁN — Publicación quincenal — 10 PTAS.



SIOUX — Publicación quincenal — 10 PTAS.


ESPUELA — Publicación quincenal — 10 PTAS.

GUERRA



HAZAÑAS BELICAS — Publicación quincenal — 10 PTAS.

ANTICIPACION


CIENCIA FICCIÓN — Publicación quincenal — 10 PTAS.


ESPACIO — Publicación quincenal — 10 PTAS.